G. MARTÍNEZ SIERRA

LA SOMBRA DEL PADRE



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12.
1909

LA SOMBRA DEL PADRE

G. MARTÍNEZ SIERRA

AC

LA SOMBRA
DEL PADRE

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ESTRENADA EN EL TEATRO LARA

EL 17 DE MARZO DE 1909



MADRID
TIP. DE LA REVISTA DE ARCHIVOS
Infantas, núm. 42.
1909

Á SERAFÍN Y JOAQUÍN

ALVAREZ QUINTERO

Con mi admiración y mi agradecimiento,

G. MARTÍNEZ SIERRA.

PERSONAJES

PERSONAJES	ACTORES
FELICIA (45 AÑOS). . . .	Sra. Rodríguez.
MARCELA (20).	Srta. Bremón.
ANITA (17).	— Pardo.
AMPARO (21).	— Toscano.
MARIA VICTORIA (20).	— La Torre.
LAURA (18).	— Villegas.
ROSARITA.	Sra. Ortiz.
DON JOSÉ (48).	Sr. Simó Raso.
JUACO (50).	— Mora.
ANDRÉS (25).	— Puga.
RAMÓN (23).	— Mata.
MANOLO (25).	— Romea.
PERIQUITO (25).	— Barraycoa.
NOLO (23).	— Pacheco.
ERNESTO.	— De Diego.

ACTO PRIMERO

Una grandísima habitación de piso bajo, que tiene algo de *hall* inglés y algo de portalón aldeano. Escalera al fondo, que conduce á las habitaciones superiores. A la izquierda, puerta por la que se supone que se entra de la calle. A la derecha grandísimas puertas ventanas por las cuales se puede pasar al jardín. Muebles cómodos de mimbre y madera con muchos almohadones. Gran chimenea de campana, que está apagada, puesto que es verano.

ESCENA PRIMERA

ERNESTO, AMPARO, ANITA, MARÍA VICTORIA, LAURA, PERIQUITO *y* NOLO.

Al levantarse el telón, *Amparo, Anita, Laura, María Victoria, Periquito* y *Nolo* rodean á *Ernesto,* el negro; gritan y palmotean. *Ernesto,* muy confuso, con aire de animalejo perseguido, quisiera escapar y no puede.

LAURA

¡Que baile, que baile!

MARÍA VICTORIA

¡No, que cante!

PERIQUITO

¡Un *cake-wal!*

MARÍA-VICTORIA

¡Una guajira!

LAURA

¡Anda, morenito, precioso, baila conmigo!

(Esboza un paso de *cake-wal.*)

ANITA

Pues sí que canta, no sé si guajiras ó qué, pero unas cosas muy románticas, no te vayas tú á figurar: ahora, que ha de ser cuando esté solo. Ayer, sin ir más lejos, á las tres de la madrugada, se desgañitaba el alma mía.

PERIQUITO

¿Y qué hacías tú despierta á las tres de la madrugada?

ANITA

¿Soñar contigo, puede!

(Da media vuelta y se acerca al corro, donde todos, menos *Nolo*, rodean al negro y se ríen á grandes carcajadas. *Nolo* está desde el principio del acto sentado en un rincón, con gesto de muy mal humor, golpeando el suelo con una varita.)

LAURA

¡Ja, ja, ja! ¡Pues no dice que se llama *Elnesto!*

AMPARO

¡Como una persona!

MARÍA VICTORIA

Yo creí que todos los negros se llamaban Domingo.

LAURA

¿Te sabes santiguar?

MARÍA VICTORIA

(Frotándole el carrillo con un pañuelo.) ¡Anda, y no destiñe!

AMPARO

(Muriéndose de risa, como las mujeres tontas.) ¡Ja, ja, ja! Dejadle en paz, que se va á enfadar mi padre si nos oye.

LAURA

Pues, hija, ni que le estuviéramos haciendo algo malo.

MARÍA VICTORIA

¡Lástima de ojos!

LAURA

¡Y de dientes!

ANITA

¡Y que parte con ellos una piedra!

MARÍA VICTORIA

Anda, *Elnestito,* rico mío, cáscame esta nuez y te doy un abrazo.

LAURA

¡No, yo, yo!

(Se estrujan. El negro sigue mudo y cada vez más espantado. Busca por dónde salir y no puede, porque todos le dan empujones, riéndose. El, casi llora. Al cabo, se oye dentro la voz de *don José*, que grita: «¡Ernesto! ¡Ernesto!» El negro, como alucinado, se abre paso á empellones y echa á correr, diciendo:)

ERNESTO

¡Mi amo me llama, mi amo me llama!

(Todas, después de correr detrás de él, se van dejando caer por las sillas, con risas de histéricas.)

ESCENA II

AMPARO, ANITA, LAURA, MARÍA VICTORIA, PERIQUITO *y* NOLO; *después* RAMÓN *y* MARCELA.

PERIQUITO

¡Ay, niñas, menuda diversión os ha traído el papá de América!

AMPARO

Siempre tiene esa misma cara de susto, y en cuanto le llama mi padre, ya lo veis, atropella por todo para llegar antes.

ANITA

¡Le quiere atrozmente!

AMPARO

Y mi padre á él.

ANITA

Como que le ha salvado la vida.

LAURA

¿El negro á tu padre?

AMPARO

Mi padre al negro... Digo, me parece... bueno, da lo mismo: el caso es que uno de los dos se ahogaba y el otro se echó al agua y lo sacó. Cosas de América.

(Se oye dentro la voz del negro que canta.)

ANITA

¡No lo dije! Ya está cantando.

(Silencio. Todos escuchan.)

MARÍA VICTORIA

¡Hija: á mí me vuelven loca estos cantares de América!

LAURA

Parece que le hacen á una cosquillas no sé dónde.

MARÍA VICTORIA

Dan ganas de abrazar á alguien.

PERIQUITO

¡Abraza, hija, abraza!

MARÍA VICTORIA

Tú no eres nadie.

LAURA

¡Habráse visto Periquito entre ellas!

NOLO

¿Sabes lo que te digo? Que estáis todas chifladas por el negro.

ANITA

¡Qué bruto eres, Nolo!

NOLO

Sí que soy bruto, pero yo me entiendo. Y lo que es tú, (A *María Victoria.*) estando yo delante, no te vuelves á acercar á él. (Muy furioso.)

ANITA

¡Hija: qué novio tienes más salvaje!

MARÍA VICTORIA

Así me gusta á mí, ¿verdad, Nolo?

PERIQUITO

Con tu pan te lo comas.

MARÍA VICTORIA

Borriquito, pero mío. Dios nos libre de niños leídos y escribidos como el Andresito de tu hermana Marcela, que le sorbe el seso con palabritas finas, y la está haciendo pasar la pena negra. Por cierto que ¿dónde está metida?

ANITA

Arriba está vistiéndose.

MARÍA VICTORIA

Ya; para estar bonita y no hacerle esperar cuando llegue, si llega. ¡Lástima de muchacha! O como el mátalas callando de tu marido, (A *Amparo.*) que de novio te escribía versos en los periódicos, y ahora...

AMPARO

¡No sé qué tienes qué decir de mi marido!

MARÍA VICTORIA

¿Cuánto tiempo hace que no le has visto?

AMPARO

¿A ti qué te importa? Le he visto... (Mintiendo con esfuerzo.) esta mañana.

MARÍA VICTORIA

¿Con telescopio? Porque, según mis noticias, hace dos días, con sus tres noches, que no sale de entre las faldas de una tal Rosarita, maestra en baile inglés y otros excesos... ¿Verdad, Periquito?

PERIQUITO

¡Ay, hija! no tengo la mala costumbre de meterme donde no me llaman.

MARÍA VICTORIA

Pues en aquella casa te deben de llamar muy á menudo.

AMPARO

¡Lo que sabéis ahora las niñas solteras!

MARÍA VICTORIA

Así, de casadas, no nos la darán con queso, como á ti.

AMPARO

Es que á mí...

MARÍA VICTORIA

Vamos, hija, no seas tonta.

AMPARO

Es que te advierto (Con tono de chiquilla rabiosa que se esfuerza por no echarse á llorar.) que á Manolo no todo el mundo le comprende, porque no es un cualquiera, que es un poeta y un soñador...

MARÍA VICTORIA

Un soñador que no duerme nunca en su casa.

(*Amparo* quiere responder, pero se encoragina de tal modo que se echa á llorar como una criatura. *Laura* la abraza y la consuela.)

LAURA

Vamos, mujer, no le hagas caso.

AMPARO

Es que, es que...

ANITA

¡Más tontas son estas hermanas mías! ¡Como no llore por un hombre ni de soltera ni de casada!

PERIQUITO

Ahí viene tu hermano.

ANITA

¿Ramón? ¡Otro que tal baila!

(Entra *Ramón*, tipo acabado de señorito golfo. Muy elegante. Viene con aire muy preocupado, pero muy cínico. Entra de la calle, silbando una polka, y se dirige hacia la escalera, con intención evidente de hacerse el distraído y no saludar á nadie.)

PERIQUITO

¡Buenas noches, niño, aunque no quieras!

MARÍA

Yo que tú saludaba al entrar en casa.

LAURA

Y hasta puede que me quitara el sombrero.

RAMÓN

Buenas noches, todos.

(Se quita el sombrero y quiere pasar.)

MARÍA VICTORIA

¡Mírale qué fino!

LAURA

¿Te damos miedo?

AMPARO

(Abalanzándose á él y cogiéndolo de un brazo.)
¿Has visto á Manolo?

RAMÓN

¿Se te ha vuelto á perder? No tengas miedo, que mala hierba nunca muere. (Ella le mira ansiosamente. No, no le he visto.

(Sigue andando.)

ANITA

Ahí baja Marcela. (*Marcela* baja la escalera y tropieza con su hermano. Deteniéndole con afán, le pregunta:)

MARCELA

¿Has visto á Andrés?

RAMÓN

¡Otra! Pero, hijas mías, ¿os figuráis que no tengo cosa mejor que hacer que irme encontrando por la calle á los amores que á vosotras se os pierden?

MARCELA

¿Le has visto ó no le has visto?

RAMÓN

No le he visto, no. Pregúntale á Periquito, que tiene la buena costumbre de perderse con él.

PERIQUITO

(Desde lejos, gritando.) Oye, tú, no me comprometas, que yo no me meto con nadie.

MARCELA

¡Qué mala cara traes! Mamá se ha pasado la noche levantada, esperándote.

RAMÓN

¡Cuando yo digo que las mujeres de esta casa sois tontas de capirote!

(Los dos hermanos hablan, á pesar de lo áspero de las palabras, con tono de intimidad cariñosa.)

MARCELA

Entra á verla, que creo que ahora está en su cuarto... Pero antes te refrescas esa cara un poco... Papá también preguntó por ti... y le dije que habías salido de madrugada, á pescar... no sé qué.

(Él hace un gesto de mimo, y pasa. Ella se acerca á los demás sonriendo: todos callan al verla, y por todo el aire parece que se esparce un aire de pureza sobre la charla desvergonzada de ellos. Viene elegantísimamente vestida y trae al brazo un mantón de chinos.)

ESCENA III

MARCELA, ANITA, AMPARO, LAURA, MARÍA VICTORIA, PERIQUITO *y* NOLO.

MARCELA

¡Buenas noches, señores!

LAURA

¡Dichosos los ojos que te ven!

MARÍA VICTORIA

¡No te has puesto tú poco guapa!

MARCELA

Tú, Anita, y tú, Amparo, podíais subir á acabar de arreglaros.

PERIQUITO

¡Vaya un mantón!

NOLO

¡Y qué bien huele!

MARÍA VICTORIA

¡Sí que es bonito!

LAURA

Por uno así daba yo cualquier cosa.

ANITA

Nos ha traído mi padre uno á cada una.

AMPARO

Y á mamá dos: uno todo blanco y otro todo negro.

MARÍA VICTORIA

Sí, sí; ya vimos ayer desembarcar el equipaje; nueve cofres, *Elnesto* y la jaula del loro. ¡Qué suerte tener el padre indiano!

LAURA

¡Qué impresión os habrá hecho el verle!

AMPARO

Figúrate tú: nos tenía delante y no nos conocía, ni nosotros á él. ¡Con diez y siete años justos que hace que se marchó á América! Así era yo.

ANITA

Y yo todavía no había nacido. (A *Periquito*, que se ríe.) Oye, tú; no seas salvaje. Nací al mes justo de marcharse él.

MARÍA VICTORIA

¿Y no le habíais vuelto á ver nunca?

AMPARO

Nunca.

ANITA

Yo sí: una vez que vino embarcado hasta Canarias, y fué mi madre á verle, y me llevó para que me conociese; pero no me acuerdo, porque hace doce años.

MARÍA VICTORIA

Lo que sí es raro es que teniendo tanto dinero no haya vuelto antes.

AMPARO

(Dándose importancia.) Hija: los negocios no se pueden dejar cuando uno quiere. Claro es que él tenía gana de vernos, y nosotras á él; pero él sabía que estábamos buenos, y nosotros que estaba bueno él...

PERIQUITO

Y mandaba plata, que es lo principal.

ANITA

¿Qué dices tú?

PERIQUITO

Nada; que eres una buena proporción.

ANITA

Pues, hijo, límpiate.

PERIQUITO

¿Te has dejado un *flirt* en Inglaterra?

ANITA

¡Naturalmente!

PERIQUITO

¿Y no te sirvo yo para nada en la ausencia?

ANITA

De aperitivo, puede.

MARCELA

¡No digas tonterías, Anita!

ANITA

¡Ay, hija! Bueno: me subiré á arreglar. (A *Laura* y *María Victoria.*) Si subís conmigo os enseñaré los regalos de papá.

PERIQUITO

(Muy decidido.) ¡Vamos!

ANITA

¡Quita de ahí!

MARÍA VICTORIA

No, hija; que nosotras también tenemos que arreglarnos.

NOLO

Y si llega uno media hora más tarde... ¡adiós, sorbetes!

LAURA

¡Qué bruto eres, Nolo!

DON JOSÉ

(Dentro:) No se aflija mi hijito.

ANITA

Papá.

DON JOSÉ

(Saliendo.) Esas son cosas de la edad. La muchachada se divierte, ¿cómo no? Ya lo arreglare-

mos todo ahora que estamos por acá. ¿No es cierto, mi hijito?

(Entra con *Felicia* y *Ramón.*)

ESCENA IV

DICHOS, DON JOSÉ, FELICIA *y* RAMÓN.

RAMÓN

Es mi madre, que se apura por todo.

DON JOSÉ

¡Cómo no, mi hijito, cómo no!

FELICIA

Es que me dijeron que andas en muy malos pasos, Ramonín, hijo.

DON JOSÉ

¡Calle la boca que todo se andará, si el palito no se quiebra!

FELICIA

(Con mal humor.) ¡Jesús, cuánta gente! Esta casa parece un jubileo.

MARCELA

(Acercándose.) Papá: estas amigas que quieren conocerte.

DON JOSÉ

¡Cómo no, mi hija, con mucho gusto! Muy buenas noches.

TODOS

Muy buenas noches, don José.

MARCELA

(Presentando.) María Victoria Suárez, mi mejor amiga.

DON JOSÉ

María Victoria Suárez... Sí, sí, hija de don Patricio, el de la Carbayeda... ¿Los papás buenos?

MARÍA VICTORIA

Papá, sí, señor... Mamá murió la pobre hace tres años.

DON JOSÉ

¡Cómo no! Guapa moza en mis tiempos, la mamá digo, sin agraviar á nadie, porque lo presente también se deja mirar.

(Le da palmaditas en el hombro. Todos disimulan la risa y *Marcela* y *Ramón* la rabia.)

MARCELA

(Presentando.) Laura Corral, compañera de Anita en el colegio.

DON JOSÉ

¡Linda no más! Los papás buenos, aunque no tengo el gusto de conocerlos.

LAURA

No somos de aquí; sólo venimos en verano.

ANITA

Viven en Madrid.

DON JOSÉ

En Madrid... ¡qué esperanza! (Por *Periquito* y *Nolo.*) Los señores, hermanos, ¿no es así?

PERIQUITO

No, señor; no tenemos esa suerte.

ANITA

Amigos... nada más.

PERIQUITO

Eso es; amigos... del alma.

DON JOSÉ

¿Cómo no?

MARCELA

Nolo Salces...

DON JOSÉ

¡Nolo Salces!.. ¿hijo de Quico Salces, el de la Braña?

NOLO

El mismo; sí, señor.

DON JOSÉ

Pues no se le parece al padre, que era un rapaz como un pino; ni á la madre, que también era como una plata.

PERIQUITO

(Por *Nolo*.) ¡Favor que usted le hace!

DON JOSÉ

¿Murieron?

NOLO

¿Los padres? No, señor. Viven.

DON JOSÉ

Por muchos años.

PERIQUITO

Viven; pero morirán un día ú otro.

DON JOSÉ

¡Cómo no! Morirán ellos y morirá usted. ¡Yo se lo garanto!

TODOS

¡Ja, ja, ja!

ANITA

Este es Pedro Luque.

PERIQUITO

Periquito, para servir á usted.

LAURA

Sí; Periquito entre ellas.

DON JOSÉ

¡Entre ellas! Mire qué grandísima bolada, amigazo. Lindo no más. Guapa muchachada. Me alegro, mis hijas, de verlas en tan selecta compañía; bien que ustedes se lo merecen, porque hijas de rey no son, pero cara y finura tienen para ello, y aquí está el padre que trajo de América su platita en patacones nuevitos para responder. Nombre no hay que buscar, que, gracias al Altísimo, le tenemos honrado; pero si quieren título, lo compraremos, que no han de faltar rapaces con escudo sobre la

portalada y ganas de mirarse en los ojos bonitos de las niñas. ¿Estamos ó no estamos?

PERIQUITO

Ya lo creo que estamos. Es usted un Séneca, mi señor don José.

DON JOSÉ

No tanto, mi amigo; no tanto.

PERIQUITO

Todo un Séneca.

DON JOSÉ

Vaya por Séneca, aunque no tengo el gusto de conocerlo; pero usted lo dice, y usted responde, ¡je, je, je! Lo que sí soy es un padre enamorado de sus niñas.

PERIQUITO

¡Cómo no!

DON JOSÉ

¡Je, je, je! ¡Cómo no!

(Le da palmadas en el hombro, al parecer encantado de la broma.)

MARCELA

Papá: que tienen prisa.

DON JOSÉ

Andense, ándense...

MARÍA VICTORIA

Hasta luego, porque le veremos á usted en la fiesta de la Gobernadora... digo yo...

DON JOSÉ

¡Cómo no! Las niñas quieren ir á divertirse, y donde va la soga, va el caldero. Leo recién en el diario que estará lo mejor de la provincia. No habíamos de faltar nosotros. ¿No es cierto, mi hija?

MARCELA

Papá: que es muy tarde.

DON JOSÉ

Andense, ándense...

TODOS

Adiós, adiós. Hasta luego.

PERIQUITO

Si me encuentro á Andrés, te lo enviaré.

MARCELA

(Con mal humor.) ¡Gracias!

ESCENA V

DON JOSÉ, FELICIA, MARCELA, ANITA, AMPARO *y* RAMÓN; *después* JUACO.

(Vanse todos con gran tumulto de despedidas, besos, risas disimuladas. Cuadro. *Don José* se frota las manos, al parecer satisfechísimo. A *Anita* le entra una risa loca, que procura ocultar tapándose la boca con el pañuelo. *Ramón* y *Marcela* tienen aire contrariado. *Amparo* y su madre, que han estado cuchicheando en un rincón, también muestran cara de pocos amigos. *Don José* habla, hasta que el silencio de todos le advierte de que pasa algo extraño.)

DON JOSÉ

(Frotándose las manos.) Pues, señor, muy lindo es trabajar, y más si usted trabaja con provechito y sabe que el sudor de su frente sirve para vestir de seda á tres buenas mozas que tiene usted la suerte de que sean sus hijas, y á una esposa que no lo fué menos cuando fué su hora, y que aún le queda algo y aun algos, que quien tuvo y retuvo... ¿Estamos ó no estamos? Sí, (A *Ramón.*) mi hijito, lindo es trabajar; pero más lindo aún es venirse á la parte acá de los mares, y encontrarse una casa cuca como está á la vista, y tres niñas y un hijo criados con toda finura en las Francias y las Inglaterras, y señorío por fuera y por dentro, y pensar: pues todo esto lo han ganado estas manos, y ahora todos vamos á ser felices, y á botar la plata, y á dar envidia á más de cuatro que de rapaz te vieron con una mano adelante y otra atrás y ahora te verán arrastrando carroza... Lindo no más... (A *Marcela.*) ¿No es cierto, mi hija? Pero ¿qué cara tienen ustedes? Tú, Marcela, mírame. ¿Es que no te alegras de que haya vuelto el padre?

MARCELA

¡Ya lo creo!

DON JOSÉ

Si casi estás llorando. ¿Qué te pasa?

MARCELA

No me pasa nada: es que yo soy así.

DON JOSÉ

¿Y tú, Ramón? (*Ramón* hace un esfuerzo por sonreir.) Ya entiendo: estamos cabizbajos por lo que le dijo la madre. ¿Acierto?

FELICIA

¡Bastante le importa á tu hijo ni á ninguno lo que yo le pueda decir!

DON JOSÉ

Vaya, mujer, vaya, no me armen bochinches. Y mi señora doña Amparo, ¿también está así? ¿Qué tenemos?

FELICIA

Tenemos que el marido no ha venido esta noche.

DON JOSÉ

¡Eso no más! Pues ¿no me dijo ayer que andaba de negocios? El negocio es el negocio, mi hijita. (*Anita,* que ya no puede más, suelta la carcajada.) ¡Gracias á Dios que se oye reir! Por algo es ella el Benjamín de la casa. ¿De qué se ríe? (*Anita* hace esfuerzos para responder y no puede.) Nada, nada, no me lo diga, que no ha de ser malo cuando tan contenta la pone. (Volviendo á frotarse las manos.) Lindo es trabajar; pero, mi señora doña Felicia, se acabó el trabajo; ellos á vivir y nosotros á ser felices mirando cómo viven. (Abraza á su mujer.) Y á ver quién le da la primera un abrazo al padre.

(Se oye la voz de *Juaco*, el de la bolera, que grita dentro:)

JUACO

¡Pepín! ¡Pepín!

(Don José se aparta y corre á la puerta, por donde entra *Juaco* como una exhalación: es muy corpulento y ordinario.)

DON JOSÉ

¡Juaco de mi alma!

(Se abrazan, se apartan, se miran, se vuelven á abrazar entre exclamaciones: ¡Rapaz! ¡Che! (Los hijos miran la pantomima con aire de mal humor.)

RAMÓN

¡Cataplúm!

ANITA

¡El abrazo de Vergara!

JUACO

¡Con que de vuelta á casa!

DON JOSÉ

De vuelta á casa, y entre este manojo de rosas. ¿Son buenas mozas ó no lo son?

JUACO

Tocante á buenas mociquinas, no hay que decir nada: y non ye de pasmar que lo sean, porque á quien someyarse tienen. La madre yera la mejor moza de todo el Concejo.

DON JOSÉ

¿No lo dije yo, mis hijas? Miren qué contenta se pone la madre, pensando en lo que fué.

FELICIA

¡Quién se acuerda de aquellos tiempos!

DON JOSÉ

Acuérdome yo, y basta.

JUACO

¡Y yo!

DON JOSÉ

(Volviéndose á *Ramón* con orgullo.) ¿Y el rapaz?

JUACO

Esi ya non asomeya tanto. Paréceme que pela Francia, donde fué á deprender señorío, lleváronle una migaya del aquel de la tierra. ¡Qué quier que le diga, niñín: non ye de los nuestros!

RAMÓN

Soy hijo de mi padre, y él quiso que sea como soy.

JUACO

Quísolo, quísolo, allá él. (A *don José*.) Déjame que te mire. Paréceme que menguaste.

DON JOSÉ

En cambio tú...

JUACO

(Golpeándose el vientre.) Allá vamos pasando. ¡Pepín!

DON JOSÉ

¡Juaco!

ANITA

Nosotras nos vamos á vestir. Hasta luego.

JUACO

Entonces... hasta por ahí... é verdad... y perdonar han de perdoname, que allá, cuando uno está alegre, olvida las finezas.

DON JOSÉ

¡Finezas! ¿Y á qué? Cualquiera diría que no se conocen ustedes.

JUACO

Home, déxate de babayadas. Cada un é cada un, y por muchas vueltas que el mundo dea, nadie va por la misma caleya... Tú allá fuiste á América, apañaste buenos pesos, pero ello ye que los pesos vinieron topame á mí, y de perras allá nos andamos. Pero los pesos á unos fainlos engordar y á otros fainlos señorones. A mí los míos engordáronme. Los tuyos allá sirvieron pa que la tu muyer y los tus fíos anden con la gente de rumbo. A mí de bolera nadie me saca... entonces, el tu fío ¿cómo iba á dir por allá, pasando la vida con el xuego esi inglés ó lo que sea? Allá cada cual con su suerte.

DON JOSÉ

Antes que la suerte, mi amigo, está el corazón, y mis hijos, si lo son míos, no han de menospreciar á quien fué como hermano de su padre y su madre, cuando andaban ellos con los pies descalzos. ¿No es cierto, mis hijos?

RAMÓN

¡Claro está!

JUACO

Como el agua de un regato. Y abundás miserias pasamos antaño, pa que vengamos á recordalas ahora que estamos todos apañaos.

(*Anita* hace señas á *Amparo* de que deben ir á vestirse. *Amparo* hace señas á su madre. Esta dice:)

FELICIA

José: si hemos de ir á la fiesta de la Gobernadora, te puedes ir vistiendo.

DON JOSÉ

¡Cómo no! (A *Juaco*.) Cosas de la gente elegante, mi amigo: vamos á ponernos el fraque para que vean las niñas que si el padre trajo plata en la bolsa, también trajo elegancia en las malas. No han de ser ellas solas las currutacas. Sobre que están deseando lucir al indio bravo que les vino de América.

JUACO

Entonces, marcho.

DON JOSÉ

¿Por qué? Sube, sube y verás el palacio que me tenían arreglado las mujeres. Saldremos todos juntos. (Las muchachas hacen un gesto de espanto.) Pasa, pasa. Ernesto, Ernesto: prepare el fraque y la galerita, que vamos de farra.

(Vanse *doña Felicia, don José* y *Juaco*.)

ESCENA VI

MARCELA, ANITA, AMPARO *y* RAMÓN.

MARCELA

¡Uf! ¡Apesta á aguardiente desde media legua!

RAMÓN

¡Aire! ¡Aire! (Abre las ventanas.)

AMPARO

¡Y dice que va á salir con nosotros!

ANITA

¡Ja, ja, ja!

RAMÓN

¿De qué te ríes?

ANITA

¡Hijo: no lo puedo remediar!

MARCELA

¡Pues á mí me hace una gracia loca!

ANITA

¿Por lo que le va á parecer á tu Andrés, que es tan finústico?

AMPARO

¿Qué dices tú, Ramón?

RAMÓN

¿Yo? ¿Qué quieres que diga?

ANITA

Os lo diré yo: que si ahora ha venido éste diciendo verdades, y luego llegan otros cuantos ami-

gos de la infancia de nuestro señor papá, ya podemos emigrar de casa nosotros los niños *ultra chic*, porque cualquiera se acerca á nosotras con semejante guardia de honor. ¡Ja, ja, ja!

MARCELA

¡No te rías!

ANITA

Haré lo que tú, que casi se te saltan las lágrimas de rabia.

MARCELA

No es de rabia.

ANITA

Es de orgullo: lo mismo da. Hija: todos tenemos el nuestro, no vayas tú á creerte: á ti te da por afligirte, á Ramón por ponerse verde, á ésta por sofocarse...

AMPARO

Y á ti por reir.

ANITA

Porque soy mucho más orgullosa que los tres juntos, y todo me sale por una friolera. ¡Qué más da! Por mucho que hagamos seremos las hijas de Pepín el indiano, uno que se fué á América, porque aquí no tenía zapatos que ponerse, y ha vuelto arrastrando carroza, como él dice. ¿Os da vergüenza? A mí no, porque todos somos hijos de Adán, y si los amigos *smart* que tenemos nos desprecian por «poca cosa», se mueren de envidia al tintín de los patacones nuevitos (Imitando al padre.)

que van sonando á cada paso que damos. ¡A desahogo y á soberbia no me gana á mí ningún Periquito; y el día en que me case, si me caso, que puede que á tanto llegue mi heroísmo, con algún saldo escrofuloso de casa ducal, no espere él que baje la cabeza ante el escudo de armas, que no hay como el ruido de un buen puñado de libras esterlinas acabaditas de acuñar para ahogar los nobilísimos gemidos ¡ay! de las armaduras herrumbrosas y necesitadas... ¡Marquesitos anémicos de sangre y de bolsillo: aquí está la hija de Pepín el indiano, sana como el agua y con onzas para apedrear! ¡He dicho!

MARCELA

¡Si no es eso, no es eso! ¿A ti no se te enciende la sangre cada vez que uno de ellos se burla de él, como ahora mismo se han estado burlando, como se burlarán dentro de media hora?

ANITA

¡Si lo tomas por lo sentimental!...

MARCELA

¡Es mi padre!

ANITA

¡Y el mío!

RAMÓN

Esta conversación es indecorosa.

ANITA

¿Porque decimos la verdad?

RAMÓN

Cualquiera que nos oyese ¡qué pensaría de nosotros!

ANITA

¿Porque confesamos ingenuamente que, agradeciéndole mucho á nuestro señor padre el trabajo que se ha tomado por salir de pobre, haciéndonos ricos de paso á nosotros, no le tenemos un amor de los que matan? ¿Porque nos atrevemos á reconocer que sus... ingenuidades nos desconciertan un poco—ya veis si soy fina—, y que sus amigos nos molestan un mucho? No, hijo mío, no; la verdad es lo único capaz de rescatar la inevitable miseria de los sentimientos humanos: mirémonos los cuatro cara á cara, y así, francamente, atrevámonos á confesar, aunque le duela un poco á nuestra sensibilidad exquisita, que por un sinfín de motivos casi inconfesables, nos alegraríamos mucho... pero mucho, de que los negocios, los inexorables negocios, hubieran obligado al señor don José González y Gutiérrez á quedarse en América siquiera otra media docena de años. (Bajando mucho la voz.)

RAMÓN

¡Calla, calla!

AMPARO

¡Estás loca!

MARCELA

¡Qué miserables somos!

ANITA

No te entristezcas, hija, como todo el mundo. (Haciendo una seña á *Amparo.*) Y á vestirnos, que ahora sí que es tarde. (Vanse *Amparo* y *Anita.*)

ESCENA VII

MARCELA *y* RAMÓN.

MARCELA

¡Tiene razón!

RAMÓN

Tiene razón; pero hay cosas que no deben decirse. Es una chiquilla que me da miedo.

MARCELA

A mí no: ojalá me hubieran educado así. Sabe la verdad y tiene el valor de defenderse con ella: será feliz. (Mirándole fijamente.) Y á ti ¿qué te pasa?

RAMÓN

¿A mí?

MARCELA

Sí, á ti: estás preocupado; no hay más que mirarte, y, en resumidas cuentas, esta historia doméstica te importa muy poco.

RAMÓN

Como á ti.

MARCELA

Como á mí.

RAMÓN

¿Qué te pasa, entonces?

MARCELA

Lo de siempre.

RAMÓN

Sí, Andrés es un niño que no tiene pizca de vergüenza.

MARCELA

No me lo digas.

RAMÓN

Es que es verdad.

MARCELA

Pero no me lo digas. ¿Qué te pasa?

RAMÓN

A ti no te lo puedo contar.

MARCELA

Porque soy una muchacha soltera. Cuenta, hijo, cuenta, que lo sé de sobra.

RAMÓN

¡Tú! ¡Imposible!

MARCELA

¿Que no? Acércate. (Le habla al oído.) ¡Eugenia!

RAMÓN

¡Eugenia! ¿Quién te ha dicho?..

MARCELA

¡Ves cómo lo sabía!

RAMÓN

¡Es mentira!

MARCELA

Es verdad... y es también una infamia; pero así va el mundo.

RAMÓN

No es una infamia, porque la quiero y me quiere... y...

MARCELA

Razón de hombre. ¿Y el día en que lo llegue á saber el marido?

RAMÓN

Creo que ya lo sabe.

MARCELA

¡Que lo sabe!

RAMÓN

Sí: eso es todo.

MARCELA

¡Jesús! ¿Y qué va á hacer?

RAMÓN

El verá: nada bueno.

MARCELA

En fin, si fueras tú, casi me alegraría. Así acabaréis de una vez.

RAMÓN

¿De querernos?

MARCELA

De mentir, de engañar á la gente, de engañar (Muy exaltada.) ¡que es lo peor del mundo!

RAMÓN

¡Ay, niña, niña, eres inverosímil de buena; pero no tienes pizca de mundo! Ahí viene ese bigardo de Andrés.

MARCELA

Vete entonces, vete; déjame con él.

RAMÓN

Si me quieres creer, mándale á paseo, se lo merece...

(Sale.)

ESCENA VIII

MARCELA *y* ANDRÉS; *después* AMPARO.

(*Andrés*, que viene de la calle, se detiene en la puerta; es un muchacho de unos veinticuatro años, elegante sin afectación y muy simpático. *Marcela*, que se ha echado á temblar en cuanto le ha visto, hace esfuerzos grandísimos por recobrar siquiera el aspecto de serenidad, y sonríe.)

ANDRÉS

¿Se puede?

MARCELA

Entra. (*Andrés* le coge las manos y se las besa. Apartándose casi ofendida.) ¡Déjame!

ANDRÉS

¿Esas tenemos? Quiera usted á una mujer para esto...

MARCELA

¡Si tú me quisieras á mí!

ANDRÉS

¿Pues á quién quiero?

MARCELA

¡Tú lo sabrás! ¡A nadie!

ANDRÉS

¡Ojalá!

MARCELA

¡Ojalá!

ANDRÉS

(Queriendo cogerle otra vez la mano.) ¡Y que no está bonita cuando se enfada!

MARCELA

¡No digas tonterías!

ANDRÉS

Y hoy mucho más que nunca, mucho más. A ver esos ojos. ¡Ya lo creo, mucho más negros y más apasionados y más míos que ayer!

MARCELA

Ayer... ¿Qué sabes tú si no los viste?

ANDRÉS

(Sin desconcertarse por la equivocación.) Tienes razón. Y luego dices que no te quiero; ya lo ves, en estando contigo, hasta la idea del tiempo pierdo.

MARCELA

Andrés: ¿por qué no has venido ayer en todo el día?

ANDRÉS

¡Anda, desconfiada, celosa!

MARCELA

¡Si no son celos, bien lo sabes tú!

ANDRÉS

Si me alegro de que los tengas. Sin celos no hay amor. Yo los tengo del aire que respiras.

MARCELA

¡Pues yo no! Te pido cuentas de por qué no has venido; pero no es que me importe no verte.

ANDRÉS

¡Tantísimas gracias!

MARCELA

¡No te rías! Te quiero; de sobra sabes tú cómo te quiero, que por mi desdicha no lo sé ocultar; ¡ni querría tampoco aunque supiera! ¡Te quiero, te quiero; pero no digo un día, un año que fuese, le pasaría feliz sin verte, sabiendo que me querías tú, y que lo que te apartaba de mi lado era una cosa buena, noble, digna de ti y de mí! Dime la verdad: ¿por qué no has venido? Pero la verdad.

ANDRÉS

¡Ríete tú de verdades! La única verdad es que te quiero; ¿qué más le vas á pedir á un hombre?

MARCELA

¿Dónde has estado anoche?

ANDRÉS

Estuve en Avilés para un negocio y me quedé á dormir; esta mañana mismo vine en el vaporín de la mina. ¿No me crees? Puedes preguntarle á mi madre si he dormido en casa.

MARCELA

Ya sé que no has dormido en casa; mi cuñado tampoco. ¿No te le tropezaste en Avilés?

ANDRÉS

¡Tu cuñado! ¡Adiós mi dinero! ¡Ya te contaron la historia de la Rosarita!

MARCELA

Ya me la contaron.

ANDRÉS

¡Pues te mintieron!

MARCELA

Atrévete á decirme que no has pasado la noche en su casa. ¡Ay, Andrés, Andrés!

(Se echa á llorar, escondiendo la cara entre las manos.)

ANDRÉS

¡Escenita tenemos! No llores, que me pongo de muy mal humor. ¡Este es un poblacho indecente, lleno de gente chismosa y mal intencionada! ¡Como coja por mi cuenta á la amiguita que te lo contó!..

MARCELA

¡Si eres tú quien debía habérmelo dicho!

ANDRÉS

Te juro que no ha pasado nada de particular. El mamarracho de tu cuñado, que está loco perdido por ésa, y se empeñó en que fuéramos á divertírsela, porque él solo no sabe!

MARCELA

¡Andrés, no te rías!

ANDRÉS

Pero yo... vamos. ¡Con la Rosarita! Me ofendes, niña. Tengo mejor gusto, pero mucho mejor que todo eso. Digo, á la vista está...

MARCELA

¡No me toques!

ANDRÉS

¡Eres la mujer más extraña que he visto en mi vida! Y luego te quejas si va uno por ahí á buscar un poco de alivio á las penas. A fuerza de quererte hago yo las tonterías que hago. ¿No me crees?

MARCELA

¡No lo sé!

ANDRÉS

¿Quieres que sea un santo desde mañana mismo? ¿Quieres que me vaya á un convento? ¿Quieres que tomemos veneno los dos esta noche, y nos entierran juntos y así acabamos de padecer? ¿Quieres?..

MARCELA

Quiero que seas un hombre, nada más; un hombre á mi medida.

ANDRÉS

Se hará lo posible, aunque ya es pedir. Pero antes... (Quiere darle un beso.) para endulzarme los ásperos caminos de la virtud...

MARCELA

¡No, y no, y no!

ANDRÉS

Bien; iré á pedir consuelo á cualquiera de tus dulces amigas...

MARCELA

¡Andrés!

ANDRÉS

¡Tonta, más que tonta! (Abrazándola.) ¡Si esto es lo único que va uno á sacar de la vida!

(*Amparo* aparece en la escalera. *Marcela* se aparta de *Andrés* rápidamente.)

MARCELA

¿Quién viene?

ANDRÉS

Es tu hermana, no te asustes. Buenas noches, Amparo. Digo si está usted guapa y elegante.

AMPARO

¿Ya ha parecido usted?

ANDRÉS

Yo no me pierdo nunca del todo.

AMPARO

¡Pues es lástima!

ANDRÉS

Y si alguna vez me aparto un poquitín del camino, voy siempre en muy buena compañía.

AMPARO

¡Qué poca vergüenza tienen ustedes los hombres!

ANDRÉS

Eso me estaba diciendo esta niña.

AMPARO

¡Y qué tontas somos las mujeres!

ANDRÉS

Eso le estaba diciendo yo á ella.

MARCELA

Más vale que te vayas.

ANDRÉS

Es que me parece que debo saludar á tu padre.

MARCELA

Ya te presentarán luego, en la fiesta del Gobierno civil. Vete.

ANDRÉS

Ya me voy, mujer; ya me voy. Adiós.

(Le coge las manos.)

MARCELA

¡Adiós!.. Oye... que seas buena persona...

ANDRÉS

¡Lo juro!.. San Andrés, virgen y mártir. No mire usted á otro lado, Amparito, que no pasa nada. Hasta luego.

AMPARO

Hasta luego.

ANDRÉS

Si yo fuera su marido de usted no estaría tranquilo con ese traje... y con esos ojos. (Vase.)

ESCENA IX

MARCELA *y* AMPARO; *después* MANOLO.

AMPARO

¡Bah! (Las dos hermanas se quedan viéndole marchar, y *Amparo* le despide con la mano.) ¡Es simpático, á pesar de todo!

MARCELA

¡A pesar de todo! (Con desaliento.)

AMPARO

¿Estáis de monos?

MARCELA

¡Para qué!

AMPARO

¿Qué gusto le sacas á tener novio, si es para estar siempre sufriendo por él?

MARCELA

Pero tú ¿no has querido nunca á un hombre?

AMPARO

Hija: casada estoy, y por mi gusto, y contra viento y marea de todos vosotros; con que si quieres más...

MARCELA

Y queriéndole así... ¿no has sentido nunca el ansia ¡qué digo el ansia!, la necesidad de que, ya que le has dado lo mejor del alma, sea él también lo más alto del mundo y lo más noble de la vida? ¿No has deseado ¡qué poco decir es decir desear!, no has deseado meterle en la sangre tu propio corazón, para que él ¡hombre! realizase, viviendo, todo lo bueno, todo lo grande, todo lo heroico que tú, por la desdicha de ser mujer, tienes que contentarte con soñar? ¿Y no se te ha partido el alma de pena y de asco hacia ti misma al ver que es imposible, imposible, imposible, que no será nunca lo que tú darías la sangre de tus venas porque fuese, y que, á pesar de todo, le sigues queriendo con toda tu alma?

AMPARO

¡El diablo que te entienda!

MARCELA

¡Y que me lleve!

AMPARO

¡Jesús, hija! ¡Si vieras qué cara se te ha puesto!

(*Manolo* aparece en la puerta de la calle. Viene levemente borracho, despeinado y un tanto descompuesto de ropa.)

MARCELA

¡Ahí tienes al tuyo!

MANOLO

¡Amparito, Amparito, perdóname; soy un miserable ¿sabes? ¡un mal hombre..! Amparito, perdóname; no me perdones, ten lástima de mí, porque te juro que no soy un granuja, no lo creas, sino un hombre muy desgraciado, pero muy desgraciado...

AMPARO

¡Tú te lo dices todo!

MANOLO

¡Amparito, Amparito, perdóname; dime que me perdonas; dile que me perdone, Marcela!

MARCELA

Amparito, hija mía, perdónale, que es un miserable.

MANOLO

¡Marcela!

MARCELA

Es verdad; no le perdones.

MANOLO

¡Marcela!

MARCELA

Compadécele, que es un desgraciado.

MANOLO

Mucho más de lo que vosotras os figuráis.

AMPARO

No: si nos figuramos bastante.

MANOLO

¡Amparito, no seas cruel, Amparito!

AMPARO

¡Acércate! Dime: ¿de dónde vienes?

MANOLO

¡Amparito!

AMPARO

¡Quita! ¡Apestas á vino!

MANOLO

¿A vino? Te juro que no.

AMPARO

No: si ahora está de moda emborracharse con horchata.

MANOLO

Amparito, no sabes el daño que me haces. ¿Dónde vas, Marcela?

MARCELA

A buscar árnica para las heridas.

MANOLO

¡No te vayas!..

AMPARO

¿De qué te ries?

MARCELA

De que no hago yo aquí ninguna falta.

MANOLO

Me ofendes, nos ofendes á los dos, porque ya sabes que yo siempre te he querido muchísimo, y te quiero ..

MARCELA

Tantísimas gracias.

MANOLO

Aunque ya sé que tú me desprecias, porque me desprecias; di que me desprecias.

MARCELA

No me da tan fuerte.

MANOLO

Y tú, también tú, también tú... (A *Amparo.*)

AMPARO

¡Yo te aborrezco!

MANOLO

¡Amparo! Es que no me queréis comprender. ¡Qué sabéis vosotras, mujeres!..

MARCELA

¡De los heroísmos de un hombre!

AMPARO

¡Ni falta que nos hace saberlo!

MANOLO

Eso es lo que á mí me desespera, porque me desespera. Yo te quiero, Amparito, te quiero á

pesar de todo, por encima de todo. ¡No te vayas, Marcela!

MARCELA

Todo sea por Dios.

(Se sienta y mira por la ventana.)

MANOLO

Y además, que esta vez te juro que no he tenido yo la culpa. Cosas de Andrés...

AMPARO

¡Calla!

MANOLO

De Andrés, sí, que está loco por la Rosarita, y se ha empeñado...

AMPARO

¡Que te calles, digo!

MANOLO

Se ha empeñado en llevarnos á que la distraigamos...

MARCELA

Porque solo no sabe, ¿verdad? (Con rabia.)

MANOLO

¡Toma! ¿Quién te lo ha dicho? (Estúpidamente.)

AMPARO

¿Pero no te dicen que te calles, idiota?

MARCELA

¡Señor, Señor!..

MANOLO

Ya me callo... Pero ¿por qué os ponéis así? ¿Es que os habéis propuesto acabar conmigo?

AMPARO

¡No des voces, que nos van á oir!

MANOLO

¿Quién?

AMPARO

Mi madre, mi padre.

MANOLO

¿Tu padre? ¿Pero ha venido ya tu padre?

AMPARO

Naturalmente: ayer por la mañana.

MANOLO

¿Y no estaba yo aquí?

AMPARO

Así parece.

MANOLO

¿Y qué le habéis dicho?

AMPARO

Que... estabas de negocios...

MANOLO

¡Eres un ángel, Amparito, un ángel; y tú tambien, Marcela! ¡Y yo también! ¿Dónde está tu padre, dónde está? ¡Quiero verle!

AMPARO

¿Dónde vas?

MANOLO

A buscarle, á pedirle también que me perdone, porque soy un mal padre; no, un mal hijo; y tú eres una santa, y además muy bonita, Amparo, muy bonita. ¡Dame un abrazo! ¡Uno solo!

AMPARO

¡Anda, anda! (Le arrastra á empujones.) ¡Que vienen!

MANOLO

Pero ¿dónde me llevas?

AMPARO

Te he dicho que andandito. Y sin replicar. Subes á tu cuarto y te acuestas, y pobre de ti si te llega á ver nadie hasta que estés curado...

MANOLO

Es que...

AMPARO

¡A tu cuarto, digo!

MANOLO

Ya voy, ya voy... Pero no te me enfades, Amparito...

(Vanse. Entran *doña Felicia* y *Anita.*)

ESCENA X

MARCELA, AMPARO, FELICIA, ANITA *y* RAMÓN; *después* DON JOSÉ *y* JUACO.

FELICIA

¿Qué voces eran esas?

MARCELA

Manolo que ha vuelto imposible y Amparo se lo lleva para que no lo vea mi padre.

FELICIA

¡Todo sea por Dios!

ANITA

¡Sí que somos una familita!

FELICIA

¡No sé quién diablos habrá inventado esta moda ridícula! Ganas de fastidiar á la gente: que si el sombrero, que si los zapatos, que si los guantes, que si el corsé; y todo aprieta y todo estorba... Cuando me muera, enterradme desnuda, para tener siquiera el cuerpo á gusto.

(Entra *don José*, seguido de *Juaco* y *Ernesto.* Viene ridículamente vestido de etiqueta.)

DON JOSÉ

¿Quién habla de morirse en mi casa?

(Vuelve á entrar *Amparo;* casi inmediatamente *Ramón.*)

AMPARO

Mamá, porque le molesta el corsé.

DON JOSÉ

¡Je, je, je! Hay que sufrir, mi señora doña Felicia, por el bien parecer. Míreme á mí. También el fraque me aprieta un poco en las costuras, y á las manos les parecen chicos los guantes; pero hay que andar currutaco y dandy, porque el pícaro mundo no cree en la buena gente si no la ve con buena ropa. Además, que está ella muy guapa con esa pollera. Y si no, consuélese mirando al esposo, que á lindo y parejito no le gana esta noche ni el señor Séneca, que decía el niño. ¿No es cierto, mis hijas? (Las hijas se le quedan mirando con desolación.) ¿No me dicen nada? En marcha, pues; las niñas delante, Ramón con la madre y yo con mi doña Amparo, para que consuele un poco de la viudez... ¿Andamos? (Ninguno se mueve.) ¿Qué pasa?

(Todos se miran y ninguno se atreve á hablar. Al fin, después de muchas miraditas de unos á otros, *Anita* se decide.)

ANITA

Papá: es que...

DON JOSÉ

Hable, mi hija.

ANITA

Es que... pero no se enfade usted.

DON JOSÉ

¡Con ella!

ANITA

No; conmigo, no... Es que... no es nada... que el frac está un poco pasado de moda...

DON JOSÉ

¡Eso no más! Naturalmente: como que lleva seis años en el arca; pero es prenda buena, yo se lo garanto... Doscientos pesos me costó en lo de Jesús Miranda, que no es cualquier cosa...

ANITA

Es que en este pueblo la gente es tan tonta...

DON JOSÉ

Niña: deje decir, que hoy por mañana nadie le ha de dar un real que le falte.

RAMÓN

Anita dice bien, papá.

DON JOSÉ

¡Mi hijo!

RAMÓN

Es muy necia la gente y muy burlona, y al Gobierno civil va lo más... lo más tonto de la provincia. Así es que...

MARCELA

Si no ha traído usted otra ropa...

AMPARO

Sí; más vale...

JUACO

¡Que te quedes en casa! ¡Ay, mi alma, no lo entendiste!

DON JOSÉ

¿Es eso, mis hijos? (Ninguno responde.) Puede que tengan razón, puede; harémonos fraque á estilo de la tierra, y hasta tanto, mis hijos, quedémonos en casa. Fiestas vendrán en que lucir el garbo, fiestas en que convidemos nosotros para reir á gusto de la ropa ajena. Y hoy por hoy, ¿qué más fiesta que estar todos juntos y todos contentos? ¿No es cierto, mis hijos?

(Los hijos, todos, al oir al padre, van cada uno por su lado con gesto de evidente mal humor.)

RAMÓN

Es que...

ANITA

Es que nosotros no nos podemos quedar en casa...

AMPARO

Sería una plancha... nos han invitado...

RAMÓN

Y la gobernadora se ofendería con razón... Van á decir....

DON JOSÉ

Más digo yo que dirían de ustedes y de mí si ustedes fueran dejándome á mí en casa. ¿No pensarían que tuvieron vergüenza del padre?

MARCELA

Si no es eso...

RAMÓN

No es eso...

DON JOSÉ

Entonces, no hay más que hablar: quedémonos todos, y bien se está San Pedro en Roma.

JUACO

¡Ja, ja, ja! Aunque muera de fame.

DON JOSÉ

Aunque no baile.

RAMÓN

Es que no quiere usted entender las cosas...

AMPARO

¡Qué fastidio!

ANITA

¡Admirable!

(Se quita el sombrero y le tira sobre una silla. *Don José* los mira uno tras otro con asombro, que va cambiándose en pena. Ellos se sientan cada uno por su lado.)

DON JOSÉ

¡Lindo no más! ¡Lindo no más! Ernesto, mi hijo, diga que le den una botella de sidra hecha para celebrar la reunión. (Pausa.) ¡Habráse visto modo de engordar este Juaco! ¡Lindo no más! (Pausa.) ¿Sabe, mi señora doña Felicia, lo que estoy cavilando? Que sería lástima que las niñas y ella se hubiesen puesto tan elegantes para nada, y ya que por la gracia de Dios este amigo tuvo la humorada de acordarse de mí, bien pueden ir ellas, y la ma-

dre guardándolas, á esa fiesta donde con tanto afán parece que las esperan. Dirán que el padre llegó cansado de navegar; pero que tiempo habrá para todos de irle conociendo. Andense, ándense...

MARCELA

No, papá; si nosotras...

AMPARO

Si nos da lo mismo.

DON JOSÉ

Andense, ándense, que es mi gusto.

ANITA

Si no nos importa quedarnos en casa.

AMPARO

Que lo diga mamá.

DON JOSÉ

Andense, ándense.

AMPARO

Como usted quiera. ¿Vamos, mamá?

FELICIA

Vamos donde queráis.

ANITA

Eso es; y el papaíto se queda aquí charlando con su amigo del alma, ¿verdad? ¡Ajajá!.. ¿Por qué no juegan ustedes á las cartas? ¿Se queda usted contento, verdad?

DON JOSÉ

¡Cómo no, mi hija, cómo no! Viéndolas á ellas tan alegres...

FELICIA

(Con aire de resignación.) Hasta por ahí.

DON JOSÉ

Adiós, adiós.

MARCELA

(Como avergonzada.) Adiós.

DON JOSÉ

Adiós, mis hijas. (Salen todas con un poco de confusión, y cuando ya se las supone en la calle, se oye reir á *Anita*.) ¡Diviértanse mucho! (Se vuelve frotándose las manos como distraído.) Lindo no más...

ESCENA XI

DON JOSÉ, JUACO *y* ERNESTO.

(*Ernesto* ha servido la sidra. *Don José* y *Juaco* se sientan á la mesa.)

JUACO

¡Contentas van!

DON JOSÉ

Son jóvenes y se divierten.

JUACO

Es verdad... Como quiera que sea, sitio non lo hay más atopadizo que aquel en que uno nació. Por eso á todo el mundo sábele bien volver.

DON JOSÉ

¿Un poquitín de sidra?

JUACO

¡A tu salud! Y á la prosperidad de la familia.

(Beben.)

DON JOSÉ

A la tuya. (Hace esfuerzos por ocultar las lágrimas.) Pica, pica. Pues, señor... no... nada. Está uno tan contento... eso es, tan contento, que, naturalmente... Bien dicen al decir que hay quien llora de gusto... eso es... y de todas maneras, ¡alabado sea Dios, que me trajo á mi casa!

TELON

ACTO SEGUNDO

Un *hall* salón elegante en casa del indiano. Otra habitación en el fondo, que se supone conduce al salón de baile. En primer término, á un lado, puerta que conduce al jardín; las del otro lado, al interior de la casa. Muchas luces.

ESCENA PRIMERA

ROSARITA *y* MANOLO; *después* PERIQUITO, ANDRÉS, NOLO *y* RAMÓN.

(Salen por el foro derecha de la habitación del foro *Rosarita* y *Manolo*. Ella elegantísimamente vestida con traje muy vaporoso y sombrero pamela muy inglés; él de frac ó smoking.)

MANOLO

Rosarita: por favor, hija mía, ¿no ves que me comprometes?

ROSARITA

¡Pero qué cobardes sois los hombres!

MANOLO

Rosarita: esta vez sí que no tienes motivo para quejarte de mí.

ROSARITA

¡Pues, hijo, no te das tú poco tono! ¿Que estoy aquí? ¡Naturalmente! Porque he venido. ¡Digo

con la honra! ¡Ni que fuera tu casa el palacio de Oriente y tu suegro el Archipámpano de Sevilla! Además, que he venido por mis propios méritos, y no tengo nada que agradecerte, ¿sabes? He venido á bailar y á cantar, que para eso soy la única notabilidad que tenéis en el pueblo. ¡Y que no está contenta tu ilustre familia con tenerme en casa!

MANOLO

¡Contentísima!

ROSARITA

¿Dónde vas?

MANOLO

Es que me parece que me está buscando mi mujer.

ROSARITA

Pues, hijo, esta noche te he encontrado yo. Sentémonos. Siéntate, así, á mi lado. ¡Ay, no sabes tú la suerte que tienes... porque estoy romántica, chiquillo, romántica hasta no sé dónde!

MANOLO

¡Sí, sí!

ROSARITA

(Viendo entrar á *Periquito*.) Adelante, Periquito, adelante. No te asustes, que éste no se asombra de nada. ¿Dónde ibas?

PERIQUITO

A buscarte. Has estado colosal, estupenda; mereces una estatua en cuanto te pones á bailar.

MANOLO

Mira, yo... ya que te quedas tan bien acompañada...

ROSARITA

Si el que me tiene que acompañar eres tú. (Viendo asomar á *Andrés*.) ¡Adelante, Andrés! ¿Qué se os ha perdido á todos por aquí?

ANDRÉS

A mí no se me ha perdido nada; pero si te encuentro á ti, eso voy ganando.

ROSARITA

(A *Manolo*.) Eso es finura; aprende.

ANDRÉS

¡Chica: has estado sobrenatural!

ROSARITA

¿Verdad que sí? ¿Y correcta?

PERIQUITO

¡Correctísima!

ROSARITA

¿Sí? ¡Con las ganas que tenía yo de venir á esta casa!

MANOLO

¡Rosarita!

ROSARITA

(Viendo entrar á *Nolo*.) ¡Anda, éste! ¿Busca usted á su María Victoria?

NOLO

No busco nada.

ROSARITA

Ese es el modo de encontrarse algo bueno.

NOLO

Ha estado usted...

ROSARITA

Estupenda, colosal, admirable: ya lo sabemos.

NOLO

Despampanante. Y eso que el baile inglés no es de lo más, lo más...

ROSARITA

¡Eso digo yo: donde esté un tango!..

MANOLO

Alguien viene.

ROSARITA

¡Anda, si es Ramón!

RAMÓN

(Que sale por el foro derecha.) Seguid, seguid; digo, si yo no estorbo.

ROSARITA

Tú no estorbas nunca más que cuando te marchas.

RAMÓN

¡Qué fino está el tiempo!

ROSARITA

¡Cómo no, mi amigo, en este palacio! A Manolo se lo estaba diciendo: tienes una casa hasta allí, y unas hermanas, pero que de rechupete, y un papá...

PERIQUITO

Pero que muy decorativo.

ANDRÉS

¡Y muy pintoresco!

ROSARITA

No te ofendas, Ramón, que están esta noche un poquito guasones. Pues, sí; un papá que vale cualquier cosa, y no os vayáis vosotros á figurar, que con ese aire de «aquí no soy nadie» el mi don José tiene pero muchas más conchas de lo que parece.

PERIQUITO

Chica: estás de una penetración que asusta.

ROSARITA

(A *Manolo*.) ¿Dónde vas?

MANOLO

¡Es que ahora sí que viene mi mujer!.. ¡Y Marcela... y María Victoria y Anita!

(A medida que las va nombrando, los respectivos novios se apartan de la *Rosarita;* ella se ríe, cogiéndose al brazo de *Ramón*.)

ROSARITA

¡Ja, ja, ja! ¡Vaya un pánico! ¡Niños: que no tengo la peste! ¡Ja, ja, ja!

(Entran *Marcela, Amparo, Anita, María Victoria* y *Laura*.)

ESCENA II

DICHOS, MARCELA, AMPARO, ANITA, LAURA *y* MARÍA VICTORIA.

ANITA

Muy divertidos están ustedes por acá.

ROSARITA

Estos caballeros, que son muy galantes.

AMPARO

¡Sí, sí; ya se ve! (A *Manolo*.) ¡Esta noche acabo yo contigo!

MANOLO

Amparito: si te juro que he venido á buscarlos, porque era un escándalo.

MARÍA VICTORIA

(A *Nolo*.) ¿Qué hacías tú aquí?

NOLO

¿Y tú allá dentro? Bailar con uno; pues yo con ésta.

MARCELA

(A *Andrés*.) Te he estado esperando para el cotillón.

ANDRÉS

Cosas de éstos, que...

MARCELA

¡Calla!

ANITA

(Con ironía.) Muy galantes; pero mientras ellos aquí disfrutan de su amable compañía, en el salón la están echando á usted de menos de un modo horroroso. Es usted la reina de la fiesta.

ROSARITA

¡Ustedes me confunden!

ANITA

No, no; sabemos á qué atenernos.

MARÍA VICTORIA

No es fácil confundirse tratándose de una mujer como usted...

LAURA

¡Lo que está á la vista!

ROSARITA

Son ustedes extraordinariamente amables.

ANITA

No es amabilidad, es admiración.

ROSARITA

¡Admiración!

ANITA

Y hasta un poquitín de envidia. Ahora me lo decía esta amiguita: ¿qué harán ciertas mujeres para atraer así á todos los hombres? Nosotras, que para encontrar un mal novio, si le encontramos, tenemos que pasar las de Caín.

ROSARITA

¡Ja, ja, ja! ¡Qué graciosa! ¿Y qué le ha contestado usted?

ANITA

¡Le he propuesto que viniésemos en comisión á preguntarle á usted el secreto!

ROSARITA

Pues es muy fácil.

RAMÓN

Me parece que estas niñas tienen razón, Rosarita; en los salones la están echando á usted de menos, y no hay que ser cruel...

ROSARITA

Vamos, cuando usted guste. Hasta ahora mismo, señoras, y tantas gracias por su amabilidad... (A *Ramón.)* Tiene usted unas hermanas y unas amiguitas encantadoras.

(Saluda y sale muy sonriente del brazo de *Ramón.*)

ESCENA III

MARCELA, AMPARO, ANITA, MARÍA VICTORIA, LAURA, ANDRÉS, PERIQUITO *y* NOLO; *después* DON JOSÉ.

ANITA

¡Mírala qué empaque!

PERIQUITO

¡Ja, ja, ja!

ANITA

¿De qué te ríes?

PERIQUITO

¡De que tienes más valor que el Cid!

ANITA

Todo hace falta en los tiempos que corren. ¿Qué hacéis aquí vosotros que no vais detrás de ella? ¡Aire, aire, aire!

(Entra *don José* por el foro derecha.)

DON JOSÉ

Pero, mis hijas, ¿dónde se metieron ustedes? ¿A tomar una vueltita al jardín? No está mal, no está mal; pero allá en el salón la música se pone triste de ver que le falta lo mejor de la fiesta. Apúrense á bailar, que la noche pasa y la mocedad también...

MARÍA VICTORIA

¿Usted no baila, don José?

DON JOSÉ

¡Qué esperanza! Cuando faltan piernas, mi hijita, ya pueden rascar violines...

TODOS

¡Ja, ja, ja!

DON JOSÉ

Vayan pasando, vayan pasando, y á ver si se anima la muchachada.

(Vanse por parejas: *Marcela* con *Andrés*, *Amparo* con *Manolo*, *María Victoria* con *Nolo; Periquito*, que se queda el último, ofrece un brazo á *Anita* y otro á *Laura*.)

ESCENA IV

Don José *y* Felicia; *después* Ramón.

FELICIA

(Que entra con grandísimo aire de cansancio y va á sentarse en un rincón. Bosteza.) ¡Alabado sea Dios, que larga ye la noche cuando se pasa en vela. ¡Ah!

DON JOSÉ

¿Dónde va?

FELICIA

¿Quién? ¡Ah! ¡Eres tú! Pensé que estabas con el tu amigo.

DON JOSÉ

¿Vino?

FELICIA

Vino. Hecho una facha; las neñas aburriéronse de reir viéndole. Marchó y creo que está por el jardín. ¡Ay, Señor! (Bosteza.)

DON JOSÉ

¿Qué le pasa?

FELICIA

¡Quién sabe nunca lo que pasa! Que está una rendida de sueño.

DON JOSÉ

Vaya, vaya dentro. No está bien que las hijas pasen mucho tiempo sin que la madre vea lo que hacen.

FELICIA

¡Las hijas! Allá ellas; saber, saben más que yo, y no necesitan de guardián. Otras cosas son las que acaban conmigo.

DON JOSÉ

¿Qué está hablando ahí?

FELICIA

Me lo matan, Pepín; me lo matan.

DON JOSÉ

¿A quién?

FELICIA

A mi Ramonín.

DON JOSÉ

Pero ¿qué le han dicho? ¿Qué sabe?

FELICIA

Yo qué sé. Nadie me lo dijo, pero ello ye. Ya días que mi hijo no es mi hijo. Véolo yo. Revolví por su cuarto y no tropecé más que con papeles; pero no me sirvieron de nada, porque maldito lo que entendí...

DON JOSÉ

Pues él contento andaba esta noche.

FELICIA

Lo que acaba conmigo es verlos á todos contentos; porque una ríe cuando está alegre, pero esta

gente, que tiene tantas cosas metidas en la cabeza, es capaz de cantar hasta en la hora de la muerte. (Pausa.)

DON JOSÉ

Felicia: ¿qué hicieron ustedes de esta casa mientras yo anduve lejos?

FELICIA

¿Qué hicimos? Ellos aprender lo que tú mandaste y yo consumirme con lo que ellos aprendían.

DON JOSÉ

Estos hijos van por muy mal camino.

FELICIA

¡Faltó el padre, Pepín!

DON JOSÉ

Pero quedó la madre.

FELICIA

¡Pobre de mí!

DON JOSÉ

La madre, sí, señora.

FELICIA

¡Ay, neño de mi corazón! Aquí quisiera yo ver al más pintado con gente que sabe qué se yo cuántas lenguas y que viene del cabo del mundo diciéndote que lo blanco ye negro.

DON JOSÉ

Cosas hay, mi hijita, que en todas las lenguas tienen mal nombre; ¿quiéreme á mí decir que ni

aquí ni en parte ninguna es crianza para mozas honradas el andar por ahí, sin más quehacer que emperijolarse, y el que los novios y los que no lo son, vayan y vengan á todas horas del día y de la noche, y solos con ellas, y riéndose de ellas, si tanto me apura?

FELICIA

¡Ay, Pepín! Hubiéralas criado como á mí me criaron y sabrían velar por la casa. Como ser fueran hijas mías, como lo fuí yo de mi madre, no había quien de ellas se riese. Pero yo me levanto al amanecer y ellas allá quedan en la cama hasta quién sabe Dios qué hora. Por eso cuando ellas comienzan á divertirse, yo ando muerta de sueño. Al parecer eso es lo elegante.

DON JOSÉ

Pues beba café y abra los ojos, que una madre debe padecer por los hijos.

FELICIA

¡Padecer! Dios me perdone; pero si tuve hora de alegría desde que comenzaste á mandar dinero, que me caiga muerta aquí mismo.

DON JOSÉ

¡Felicia!

FELICIA

Tú allá trabajabas; yo aquí me vestía de señorona. No sé qué te diga que ye peor. ¿Viniste?

Alabado sea Dios. Allá tú. A mí para concluir no ha de faltarme un rincón. (Viendo entrar á *Ramón*, que, creyéndose solo, no disimula la preocupación.) ¡Ramonín!

RAMÓN

(Muy sorprendido ante el apasionado abrazo de la madre.) ¡Madre!

FELICIA

¿Dónde vas, hijo, dónde vas?

RAMÓN

Al jardín, á respirar un poco. Hace tanto calor ahí dentro. ¿Sola con el padre? La luna de miel.

FELICIA

¡Has de decirnos, por Dios, lo que te pasa!

RAMÓN

¿Qué me ha de pasar?

DON JOSÉ

¿Sabe que la madre tiene razón, mi hijito? Acá estábamos diciendo que algo le corre por dentro, que no es del todo lindo. A ver qué nos dice, pues.

RAMÓN

De veras que no tengo nada que decir.

DON JOSÉ

¿Debe dinero?

RAMÓN

Un poco; pero eso no me importa. (Echándolo á broma.) Aquí está el padre.

DON JOSÉ

¿Cómo no?

FELICIA

¿Por qué estás triste, niñín?

RAMÓN

No se apure usted, madre, no se apure usted, que le digo yo que no hay motivo.

FELICIA

¡Déjame que te mire! ¡Mírame! (Le coge las manos y le mira en los ojos.)

RAMÓN

(Echándolo á broma.) ¿Qué hay?

FELICIA

¡No veo nada! ¡De qué sirven los ojos á una madre si no entiende con ellos si ye mentira ó ye verdad lo que dice la boca de un su hijo!

(Se aparta de él con desesperación.)

DON JOSÉ

Vaya, vaya, no se ponga así. Razón tiene él. Si nada le sucede, ¿qué va á confesar? Las mujeres siempre andan ustedes viendo visiones. Oiga qué zambra tienen armada allá dentro. (Se oye música y ruido de voces y risas.) Deme el brazo á su hijo y enjúguese las lágrimas, no piensen al verla tan buena moza que el esposo le armó un bochinche por celos. ¿No es cierto, mi hijo? Vayan, vayan ligero.

(*Ramón*, que evidentemente quería marcharse, mira hacia la puerta del jardín, y haciendo un gesto de resignación,

da el brazo á su madre y sale con ella. El indiano mira hacia la puerta donde ha mirado *Ramón*, como si también quisiera descubrir algo en las sombras del jardín; no viendo nada, se dispone á marcharse, cuando *Rosarita* asoma la cabeza por la puerta del foro derecha y se queda mirando y sonriendo cuando ve á *don José*.)

ESCENA V

DON JOSÉ *y* ROSARITA.

DON JOSÉ

Adelante, adelante, mi señora.

ROSARITA

Me dijo el negro que andaba usted buscándome.

DON JOSÉ

¿Eso le sorprende?

ROSARITA

A mí no me sorprende nada en este mundo.

DON JOSÉ

Ya se ve que es mujer de experiencia.

ROSARITA

¿Qué está usted mirando?

DON JOSÉ

Lo linda que es.

ROSARITA

¡Ja, ja, ja! ¿Para decirme eso ha venido usted del otro mundo?

DON JOSÉ

Para decirle eso y otras cositas más, si usted no se cansa de oirme.

ROSARITA

Tengo yo mucho aguante. Con que ya puede usted ir diciendo.

DON JOSÉ

Digo que ya es pavada el que con la cara que Dios le dió se esté en este rincón de provincia, habiendo por el mundo, y sin pasar la mar, un París de Francia donde llueve plata para las mujeres bonitas.

ROSARITA

¿Quiere usted que hagamos un viaje juntos?

DON JOSÉ

Ya es tarde, mi hijita, tengo réuma.

ROSARITA

Se toma un coche.

DON JOSÉ

Marea el vaivén.

ROSARITA

Soy yo una enfermera de rechupete.

DON JOSÉ

Ya se ve que tiene buen corazón.

ROSARITA

¡Ay, si viera usted de qué poco me sirve!

DON JOSÉ

Pues ahora mismo le puede servir para hacer una buena obra.

ROSARITA

¿De veras?

DON JOSÉ

Como usted lo oye.

ROSARITA

Me tiene usted en un ¡ay!

DON JOSÉ

¿Qué le aconsejaría ese buen corazón á un suegro que ha perdido un yerno?

ROSARITA

¡Anda, el buen señor, con lo que sale ahora! Que le ponga una vela á San Antonio, á ver si se lo encuentra.

DON JOSÉ

Si quisiera usted encenderla por mí.

ROSARITA

Tengo muy poco crédito yo con los santos.

DON JOSÉ

No es menester crédito. Le abriremos una cuenta corriente.

ROSARITA

¿A San Antonio?

DON JOSÉ

O á la sacristana: eso á gusto de usted.

ROSARITA

¡Ja, ja, ja! Es usted un tío con muchísimas conchas.

DON JOSÉ

Favor que ella me hace.

ROSARITA

Pero conmigo, lo que es por esta vez, va usted á perder el tiempo.

DON JOSÉ

¡Qué esperanza! ¿Por qué?

ROSARITA

Porque he visto más de siete veces *La Dama de las Camelias*, y no me conmueven las escenas de padre sensible.

DON JOSÉ

A ese padre sensible que usted dice ¿se le había perdido también un yerno?

ROSARITA

Un hijo, que es lo mismo, digo, casi.

DON JOSÉ

¿Y qué hizo por él?

ROSARITA

Ir á pedir á una mujer que lo quería, que lo desengañase.

DON JOSÉ

¿Y ella?

ROSARITA

Lo desengañó, y se murió de pena.

DON JOSÉ

¡Brava no más!

ROSARITA

Pero yo no tengo gana de morirme tan pronto; así es que vea usted si tiene otra cosa que mandar.

DON JOSÉ

Que de todos modos le lleve usted un cheque al Santo bendito.

ROSARITA

Un cheque... ¿de cuánto?

DON JOSÉ

Eso ella es la que lo ha de decir.

ROSARITA

¿Y usted se conforma con lo que yo diga?

DON JOSÉ

Palabra de honor.

ROSARITA

¿Y si lo arruino á usted?

DON JOSÉ

No será tan mala. Mañana, á la caída de la tarde, me doy una vueltita por su casa y veremos las cifras primorosas que saben hacer esas manos.

ROSARITA

¡Ay! no, no; que me da mucha lástima del pobre muchacho.

DON JOSÉ

Todo será cuestión de añadir un cerito más á mano derecha.

ROSARITA

¿Y si me muero?

DON JOSÉ

¡Cien años va á vivir por la buena obra!

ROSARITA

¿Y si se muere él?

DON JOSÉ

Eso iremos ganando.

ROSARITA

Mire usted, bromas con la muerte, no, que es una cosa muy seria. Hay que vivir.

DON JOSÉ

Dice muy bien, mi hijita; hay que vivir y hay que dejar á los demás que vivan: ella es buena y no ha de querer hacer la desgracia de otra mujer que nunca le hizo mal.

ROSARITA

Mire usted, la cuerda sensible conmigo no, y menos tratándose de sus niñas de usted, porque, usted no se ofenda por lo que le digo, pero lo que es ellas son muy orgullosas, y se figuran que porque una se gana la vida con su trabajo, tienen derecho á despreciarla á una; y una tiene su alma en su almario; y le dan rabia ciertas cosas, porque si ellas han tenido la suerte de que el padre les gane las perras, una, eso es, una se las gana solita, y es tan decente como la que más.

DON JOSÉ

¡Cómo no, mi hijita, cómo no! Cálmese.

ROSARITA

Es que no se vaya usted á figurar que si yo le hago á usted este favor es por el interés.

DON JOSÉ

¡Qué esperanza, mi hijita!

ROSARITA

Gusto que tiene una en hacer un servicio cuando se tercia, y más tratándose de una persona como usted, que es usted todo un hombre, y no como estos mamarrachos de aquí, que se asustan de todo.

DON JOSÉ

¿No ve, mi hijita, que yo ya hice viaje de ida y vuelta?

(Entra *Juaco* por la puerta del jardín.)

ESCENA VI

Dichos y Juaco; *después* Nolo y Periquito.

JUACO

Buenas noches.

ROSARITA

Muy buenas.

DON JOSÉ

¿Dónde se escondió?

JUACO

Anduve buscándote más de media hora.

DON JOSÉ

Ya ve si me perdí en buena compañía.

ROSARITA

No haga usted juicios temerarios, que estábamos hablando de negocios.

JUACO

Mucho ojo, Pepín, que la señora sabe dónde le aprieta el zapato.

ROSARITA

¡Pobre de mí!

JUACO

¿Pobre? Pronto arrastrará coche.

ROSARITA

Sí, sí: buenos están los tiempos.

JUACO

Vaya, que no se dejaría colgar por media docena de miles de pesos.

ROSARITA

¡Valiente puñao son tres moscas! Claro que una no es una manirrota y piensa en el mañana. Ya sé yo que bien dice la copla:

«¡No hay más amigo que Dios
y un duro en la faltriquera!»

de modo, que si tenemos uno, ahorremos medio; pero de eso á pensar que tiene una el Perú en su casa... va mucha diferencia.

JUACO

¡No llore, que dinero no le vamos á pedir!

(Aparecen en la puerta *Nolo* y *Periquito*.)

PERIQUITO

Pero ¿dónde se ha metido usted, Rosarita?

NOLO

¿No viene usted á cantar lo prometido?

PERIQUITO

Media noche llevamos buscándola á usted.

ROSARITA

Pues ya me encontraron ustedes; de modo que alegría por todo el cuerpo.

PERIQUITO

¡Es usted ingratísima! ¡Abandonarnos así, con lo que la queremos!

ROSARITA

Hijo: lo bueno es poco, y hay que repartirlo.

JUACO

Y que cuando Dios da, da para todos.

ROSARITA

Vamos cuando ustedes gusten. ¿Ustedes no vienen?

DON JOSÉ

La oiremos cantar desde aquí. La buena voz, oirla de lejos.

NOLO

Y las buenas mujeres mirarlas de cerca.

ROSARITA

Que se va á enfadar la novia.

DON JOSÉ

Hasta mañana, ¿eh?

ROSARITA

A la caidita de la tarde. Si se nos enferma quien usted sabe, cuídemelo bien, que el pobre lo merece.

(Vanse los tres.)

ESCENA VII

Don José y Juaco.

DON JOSÉ

¡Rica tipa! ¿La vió bailar? Allá los tiene á todos vuelto el juicio, niños y viejos, porque también á él le relucen los ojos, mi amigazo. ¿Qué me dice, pues?

(Silencio.)

JUACO

¡No ye mala mociquina, no!

(Pausa.)

DON JOSÉ

Muy callado se queda. ¿Cómo le corre?

JUACO

Allá vamos pasando.

(Pausa.)

DON JOSÉ

Y de la fiesta ¿no me dice nada? ¿Qué le parece, pues?

JUACO

Iluminación sí la hay.

DON JOSÉ

(Riéndose del mal humor del otro.) ¡Sí que hay luces, sí!

JUACO

Las cosas, cuando se hacen, se hacen en grande, ¿no verdad?

DON JOSÉ

Por dar gusto á los hijos.

JUACO

Naturalmente.

DON JOSÉ

Ellos están contentos.

JUACO

Ye lo primero.

DON JOSÉ

¡Cómo no! Mi platita me cuesta, pero quedamos como corresponde. Vino un mundo de gente, y toda de rumbo.

JUACO

Gente de rumbo, no falta tampoco.

DON JOSÉ

¡Je, je!

JUACO

(Decidiéndose de pronto.) Más sobra que otra cosa.

DON JOSÉ

¿Qué me dice?

JUACO

¡Digo que aquí esta noche sobra señorío y falta vergüenza!

DON JOSÉ

¡Juaco!

JUACO

¡Juaco, Juaco! Coime, digo yo. Tu casa viene abajo... é verdad, y estás sirviendo de rechifla á todo el mundo.

DON JOSÉ

Pero ¿por qué, por qué?

JUACO

Pregúntalo á los tus fíos, si no lo sabes, que lo sabrás lo mismo que yo.

DON JOSÉ

Llego recién: ¿qué he de saber si alguien no me dice?

JUACO

Buen casorio hizo la mayor, ¿eh? Su hombre ye bobo, pero va á dejarla á puertas.

DON JOSÉ

Yo lo remediaré.

JUACO

Pues el novio de la Marcela no ye bobo, que ye tronera, y lo que es casarse no se casa: para eso tiene ahí á su prima, que trae consigo un millón...

mientras tanto... é verdad... distraerse con ésta, que, como buena mociquina, lo es. Va por ahí toneándose de que escapa con él la noche menos pensada.

DON JOSÉ

¡Mi hija!

JUACO

Y escapará: todas se chiflan por esos sinvergüenzas.

DON JOSÉ

No es verdad, no es verdad; calle la boca.

JUACO

Y para terminar la fiesta, el tu fío.

DON JOSÉ

¿Ramonín?

JUACO

Ramonín.

DON JOSÉ

¡Acabe de una vez!

JUACO

El también anda enamoricao.

DON JOSÉ

¿De quién?

JUACO

¿De quién va á ser? De una muyer.

DON JOSÉ

¡Déjese de pavadas!

JUACO

De una mujer que ye de otro, y el otro, que lo supo, dijo que le rompería la cabeza donde lo tropezase ¡y con razón! Y se la romperá como que estamos aquí, porque ¡no lo hay más pollín!

DON JOSÉ

Pero ¿quién es y dónde se le encuentra?

JUACO

¡Un rayo nunca me parta! ¿Que quién es y que dónde se le encuentra?

DON JOSÉ

¡Acaba!

JUACO

Don Carlitos, el francés de la fábrica... Encóntralo en el café ó donde haya que beber... é verdad... hasta la madrugada. Con que, si te parece, esta noche trinca al rapaz en casa, y mañana, si puedes, mándalo de viajata por el mundo, y que por allá quede mucho tiempo.

DON JOSÉ

Dice bien: la casa se hunde. Quiera Dios que haya vuelto á tiempo.

JUACO

No sé, Pepín. Tú lo que debes hacer es atrancar bien las puertas, y los señoritos, si quieren divertirse, que vayan á cantar la soberana por la carretera. Y ya sabes que conmigo puedes contar.

DON JOSÉ

Por el pronto no diga nada á nadie.

JUACO

No hay necesidad: está corrido por todas partes. (Se oye cantar á *Rosarita* una canción inglesa.) Ya rompió á cantar la calandria. En inglés. Con eso no se entienden las maliciucas, ó, si se entienden, puede decirse que no se entendieron. Así anda todo: fino y bien hablao.

DON JOSÉ

Vamos allá, no digan.

JUACO

Marcho: vine á cumplir contigo, y por decirte lo que había. Ahora tú.

DON JOSÉ

Gracias, Juaco.

JUACO

Hasta por ahí; no más...

DON JOSÉ

Buenas noches.

(Vanse los dos por la derecha. Se oyen ruidos de aplausos, y, pasado un momento, aparecen por el fondo *Andrés* y *Marcela;* ella, sin hablar, se sienta en una butaca, con aire de cansancio; él se sienta á su lado y le coge la mano. Ella la retira; él vuelve á cogerla, y ella se la deja como fatigada. El se la besa, y ella suspira.)

ESCENA VIII

MARCELA *y* ANDRÉS.

MARCELA

¡Ay de mí!

ANDRÉS

¡Marcela! (Ella no responde; él vuelve á llamarla como si estuviera lejos.) ¡Marcela! ¿Qué te pasa? ¿Estás triste?

MARCELA

No: estoy cansada.

ANDRÉS

¿De bailar?

MARCELA

De querer.

ANDRÉS

De quererme á mí. ¡Gracias!

MARCELA

No sé si de quererte á ti, ó de querer que seas como te quiero.

ANDRÉS

¡La historia de siempre!

MARCELA

¡Qué le vamos á hacer, si no sé otra!

ANDRÉS

¡Estás nerviosa!

MARCELA

¡Estoy muerta de pena!

ANDRÉS

¿Porque bailé con la Rosarita?

MARCELA

No... sí... no sé... Por eso, por todo, por lo que sé, por lo que no puedo saber, por lo que adivino, por lo que me cuentan, por lo que se callan...

ANDRÉS

¿Qué tienes, criatura?

MARCELA

Andrés: si me quieres un poco, si me tienes siquiera un poco de lástima, dime la verdad, pero la verdad entera de ti, de tu vida; que yo sepa quién eres, cómo eres... porque así no podemos

vivir. Me has mentido tantas, tantas veces... Algunos días, si vieras cómo te desprecio, y luego cómo me aborrezco á mí misma por haberte podido despreciar tanto. Te tengo delante, y á veces se me olvida todo, porque te quiero ¡madre, cómo te quiero!; pero dime tú que tengo razón para quererte así, que te puedo querer, que te debo querer. ¡Dime la verdad, si es que siquiera tú la sabes de ti mismo!

ANDRÉS

¿Qué quieres que te diga? ¿Que soy un santo? (Besándole las manos.) A tu lado es un poco difícil...

MARCELA

¡Déjame!..

ANDRÉS

¿Que soy un criminal, un miserable, un monstruo del Averno?.. Ni siquiera eso, chiquilla. Soy... un hombre como otro cualquiera: un poco mujeriego, un poco juerguista, un poco jugador, un poco aficionado al buen vino... y al malo, si no le hay del todo bueno... Amigo del dinero para poder tirarlo, egoísta cuando viene al caso, embustero cuando es menester, fiel cuando no me trae perjuicio cumplir una palabra, generoso cuando me conviene...

MARCELA

¡Andrés!

ANDRÉS

Un hombre, ya lo ves; un hombre como todos.

MARCELA

¡No, no..!

ANDRÉS

Y tú una mujer...

MARCELA

(Con tristeza.) ¿Como todas también?

ANDRÉS

No; mucho más bonita que todas, por lo cual te quiero más que á ninguna: ¡á callar, que ahora estoy hablando yo! Sí, señora; mucho más que á ninguna, porque me gustas infinitamente, y eso es lo único, lo único que á ti te debe interesar. ¡Silencio! Y en resumidas cuentas lo único que te interesa, porque todas esas angustias de si soy ó no soy, de la verdad y la mentira, son tontunas que han metido en esa cabecita linda las novelas francesas y el padre Carrasco de la Orden de San Francisco. ¿Es verdad ó no es verdad?

MARCELA

¡Cien años hace que no me confieso!

ANDRÉS

¡Eso vamos ganando!

MARCELA

¡Ay, Andrés!

ANDRÉS

¡Ay, Marcela!

(Se ríe.)

MARCELA

¿De qué te ríes?

ANDRÉS

¿Por qué no bajaste anoche al jardín?

MARCELA

¡Porque ya no vuelvo á bajar nunca!

ANDRÉS

¿Nunca?

MARCELA

¡Jamás!

ANDRÉS

Esta noche á las doce te espero.

MARCELA

¡No!

ANDRÉS

En cuanto se vaya la gente. Un capricho que tengo: te bajas la llave del portón y salimos á dar un paseo por el campo á la luz de la luna: es decir, á las doce no habrá luna, pero da lo mismo.

MARCELA

No puede ser.

ANDRÉS

¿Por qué?

MARCELA

Mi madre...

ANDRÉS

¡Pobre señora!

MARCELA

¡Andrés: no te rías!

ANDRÉS

(Muy serio.) ¡Pobre señora! En tocando la oración, dormida por dentro.

MARCELA

¡Y además, mi padre... y además, que no!

ANDRÉS

¡Y además, que sí! Bajarás porque quiero yo... y porque quieres tú, ¡grandísima tonta! Te lo conozco en los ojos, y eso que aquí no los veo bien, que hay demasiada luz y los tengo que mirar de lejos... De cerca, y un poquito á la sombra, sí que son bonitos, y negros, y grandes... ¡y míos! ¿Bajarás? Para que yo te diga cuánto te quiero, y para que me digas tú á mí ¡lo que te parezca! que me quieres ó que me aborreces, es lo mismo: de un modo ó de otro, que estás loca por mí.

MARCELA

¡Déjame! ¡Déjame!

ANDRÉS

¡Loca perdida, y así es como te quiero, y así es como tiene que ser, y eso es lo que yo me merezco, y ríete tú de lo que te digan de que soy ó que dejo de ser. ¡Soy tuyo y tú eres mía por encima del mundo!

MARCELA

¡Andrés!

ANDRÉS

¿Bajas?

MARCELA

No... sé...

ANDRÉS

Sí, bajas.

(Suplicando.)

MARCELA

Pero...

ANDRÉS

¿Sí?.. ¿Sí?.. (Ella asiente inclinando la cabeza.) ¡Dios te bendiga!

(Besándole las manos.)

MARCELA

¿Viene alguien?

ANDRÉS

No, no es nadie.

MARCELA

Pero me voy.

ANDRÉS

Pero bajas pronto. (Se despiden muy lentamente, y ella se va muy triste sin volver la cabeza.) ¡Ya lo creo que bajas!..

(*Andrés*, después de haber visto salir á *Marcela*, se dirige hacia la puerta de la derecha para marcharse; pero *don José*, que ha entrado un poco antes y ha oído la última parte de la conversación, le detiene cuando va á salir.

ESCENA IX

ANDRÉS *y* DON JOSÉ; *después* ERNESTO.

DON JOSÉ

¡Un momento, mi amigo!

ANDRÉS

¡Don José! Con muchísimo gusto. Todos los que usted quiera.

DON JOSÉ

¿Quiere decirme dónde iba ahorita mismo?

ANDRÉS

¿Por qué no? A buscar el sombrero y el abrigo para marcharme.

DON JOSÉ

¿Ya le cansó la fiesta?

ANDRÉS

¡Es que ya es tarde... (Mirando al fondo.) Ya se despide todo el mundo! Así es que tanto gusto...

(Le alarga la mano.)

DON JOSÉ

No se apure, mi amigo, no se apure, que aún tenemos que hablar.

ANDRÉS

¿Otra pregunta?

DON JOSÉ

Un consejo.

ANDRÉS

(Ya un poco insolente.) ¿Usted á mí?

DON JOSÉ

¡Cómo no! Y de buen amigo. ¿Le sorprende?

ANDRÉS

Le diré á usted... un consejo... así, cuando no se pide...

DON JOSÉ

Es cuando más sincero se da; yo se lo garanto.

ANDRÉS

Pues venga.

DON JOSÉ

Y volandito. ¿Usted sabe, mi amigo, que esta es mi casa?

ANDRÉS

Sí, señor; hace tiempo.

DON JOSÉ

Dice bien: hace tiempo, aunque no lo parezca. Lo sabe, ¿no es cierto?

ANDRÉS

Lo sé; sí, señor.

DON JOSÉ

Pues ahorita le queda por saber otra cosa no más. Y es que desde esta noche no hace nadie en ella sino lo que á mí me dé la realísima gana. ¿Estamos?

ANDRÉS

¿Iba por ahí el consejo que usted quería darme?

DON JOSÉ

¡Por ahí no más!

ANDRÉS

Pues démelo usted pronto, porque tengo muy poca paciencia.

DON JOSÉ

¡Mire qué pavada! Muchísima menos tengo yo, mi amigo, y porque no quiero que se me acabe malamente á la hora menos pensada es que le aconsejo que no vuelva á poner los pies en esta casa! Eso no más, y ya puede tomar el chamberguito, que yo no le detengo.

ANDRÉS

Es que ahora, precisamente, no quiero yo marcharme sin que usted me explique...

DON JOSÉ

No hay nada que explicar, señor mío. ¿No le dije que estamos en mi casa?

ANDRÉS

Lo cual no le autoriza á usted para semejante...

DON JOSÉ

¿Grosería?

ANDRÉS

Usted es quien lo dice.

DON JOSÉ

Para que vea que no me asusta la palabra. ¿Es que piensa que estoy obligado á gastar finuras para sacudirme moscas de su jaez? ¡Qué esperanza!

ANDRÉS

¡Insultos, no!

DON JOSÉ

Pues ya sabe el camino si no quiere oirlos. ¡Finura! Harta encontré en mi casa al volver, y ojalá no hubiera encontrado tanta, que acaso hubiera habido un poco más de felicidad. ¡Finura! Para con ella irme robando el alma de mis hijas, y el reir de su boca, y el pedazo de pan que les gané, y la honra que les di cuando nacieron. ¡Qué esperanza, mi amigo!

ANDRÉS

No le entiendo á usted.

DON JOSÉ

Pues aguce el ingenio.

ANDRÉS

Pues ya que habla usted de la felicidad de sus hijas, permítame usted que le advierta que este paso que está usted dando puede que no le haga muy feliz á alguna de ellas.

DON JOSÉ

¡Eso es cuenta mía!

ANDRÉS

Y puede que mía también.

DON JOSÉ

Pues ya puede usted irla borrando del libro, mi amigo, porque le salió equivocada.

ANDRÉS

¡Eso lo veremos!

DON JOSÉ

Ya está visto, señor; y no me canse más, y ándese ligero, que tengo gana de cerrar la puerta.

ANDRÉS

Mire usted que se puede saltar la tapia.

DON JOSÉ

Tiene vidrios arriba y está el perro suelto.

ANDRÉS

O entrar por la ventana, que hay bastantes.

DON JOSÉ

Desde cualquiera de ellas se descerraja un tiro.

ANDRÉS

¿Así lo toma usted?

DON JOSÉ

¡Así no más! ¿No ve, señor, que anduve á puñetazos con la vida, y que pasé hambre y miseria y tristeza y soledad sólo porque los míos fueran feli-

ces y vivieran en paz? ¿Y quiere ahora que lo que gané con tanto sudor lo defienda con menos coraje? No, por cierto, señor. Usted se marcha con todo su rumbo, porque yo se lo mando, y usted no me vuelve á parecer aquí ni por puerta, ni por tapia, ni por ventana, ni por carta que sea, porque aquí estoy yo, y conmigo, si es menester, la muerte. Yo se lo garanto. ¿Estamos ó no estamos?

ANDRÉS

Si me voy conste que es mirando que es usted viejo, y que es el padre de ella, y que no sabe usted lo que se dice.

DON JOSÉ

Mire lo que guste; pero ándese.

ANDRÉS

Y conste que Marcela ha de llorar.

DON JOSÉ

Ya la consolaremos.

ANDRÉS

¡Puede que no!

DON JOSÉ

Le digo yo que sí.

ANDRÉS

No se acalore usted, que ya me marcho.

DON JOSÉ

¡Ernesto! ¡Ernesto!

ERNESTO

Mi amo.

DON JOSÉ

Acompáñeme á este señor hasta la misma puerta, y cuide que no halle tropiezos por el camino.

(Salen *Andrés* y *Ernesto*.)

DON JOSÉ

(Después de una pausa corta y viéndolés marchar.) ¡Lindo no más! ¡Lindo no más!

(Sale por la misma puerta que los anteriores.)

ESCENA X

MARCELA, AMPARO, ANITA *y* RAMÓN.

(La escena queda un momento sola. Viene un *Criado* desde el fondo apagando las luces y sólo deja una en el salón de dentro. Se retira, y al cabo de un momento aparece *Marcela:* trae un abrigo al brazo. Al mismo tiempo aparece *Amparo* por otra puerta.)

AMPARO

¡Qué noche!

MARCELA

¡Sí, que noche! (Se oyen pasos.) ¿Eh?

AMPARO

Es Ramón.

(Entra *Ramón*.)

RAMÓN

¿Qué hacéis aquí vosotras?

MARCELA

Nada... ¿Y tú, dónde ibas?

RAMÓN

No sé...

MARCELA

¿Has sabido algo?

RAMÓN

Sí, ya te lo dije: que él lo sabe de cierto.

MARCELA

¿Y ella?

RAMÓN

No sé nada. Esperaba algo suyo... no habrá podido enviar á nadie.

MARCELA

¡Pobre mujer!

AMPARO

(Enterándose de pronto.) ¡Ah! pero es verdad lo que estaban contando esas pécoras de ti y de Euge...

RAMÓN

¡Calla!

AMPARO

¿Y qué vas á hacer?

RAMÓN

Nada; ¡qué he de hacer yo! ¡Eso es lo que me vuelve loco! Esperar. El tiene todas las razones, y no puedo hacer nada, ni por salvarme á mí, ni por

salvarla á ella. ¡Esperar con los brazos cruzados! ¡Y no viene, y no me busca!

(Entra *Anita.*)

ANITA

¿Dónde os habéis metido? Buscándoos venía. Ya se han marchado todos, gracias á Dios, porque hemos hecho los honores de la fiesta de un modo... Yo ya no sabía qué decirle á la gente...

AMPARO

¡Traer á esa mujer á mi casa, en mi cara, y andar detrás de ella toda la noche!

MARCELA

Andrés... y me estará esperando. ¡No, no, no!

RAMÓN

¡Qué habrá hecho ese hombre con ella, cuando no me avisa!

ANITA

¡Jesús, chiquillos! ¡No sé si parecemos criminales ó fieras enjauladas! ¡Vaya unas caras que tenemos!

MARCELA

Sí: aquí hemos venido todos buscando lo mismo: soledad, sombra para esconder los pensamientos, para huir no sé de qué...

ANITA

Y nos hemos encontrado con nosotros mismos. Tiene gracia: por lo menos tenemos una ventaja:

nos juntamos, aunque no sea más que para ayudarnos á caer.

MARCELA

Estamos solos, solos, y, ¿con quién vamos á contar en esta casa, donde no hay más que dinero?

RAMÓN

¡Dinero! ¡Por haberlo tenido sin ganármelo, desde que lo he podido desear, soy un hombre que no sirve de nada!

AMPARO

¡Sólo por mi dinero se casó conmigo ese necio!...

ANITA

¡Ea, niños á la cama, que es tarde!

AMPARO

Sí; mañana será otro día.

RAMÓN

Buenas noches.

ANITA

¿Vienes Marcela?

MARCELA

No; voy á salir un poco al jardín: estoy nerviosa.

(Se separan dirigiéndose cada uno á una puerta. En el momento en que *Marcela* va á abrir la del jardín, tropieza con el padre que entra y le coge la mano. Ella da un grito asustadísima.)

ESCENA XI

MARCELA, DON JOSÉ, FELICIA, ANITA, AMPARO *y* RAMÓN.

MARCELA

¡Ay!

DON JOSÉ

¿Dónde va, mi hijita, dónde va?

(*Marcela*, sin responder, se aparta y se deja caer en un asiento, tapándose la cara con las manos. Casi inmediatamente vuelven á entrar todos los hermanos, y aparece por el fondo la madre. Todos alarmados, porque han oído el grito de *Marcela*. Uno de ellos vuelve el interruptor de la luz eléctrica y se enciende la araña del centro.)

AMPARO

¿Qué?

ANITA

¡Marcela!

FELICIA

¿Quién grita? ¿Qué hacéis todos aquí? ¿Qué pasó?

DON JOSÉ

¿Qué iba á pasar? Nada. Que la niña y el padre tuvimos la misma ocurrencia: tomar una vueltita por el jardín para refrescar los pensamientos; pero creo que ya no es menester y que mejor haremos en dejar el paseo para otro rato.

AMPARO

¿Estaba usted aquí?

RAMÓN

Entonces...

DON JOSÉ

Entonces, alabado sea Dios, que nos ha puesto á todos cara á cara y con la verdad por delante. Mis hijos: esta noche han llegado las cosas á un punto en que ya no hay remedio sino llamarlas por su nombre y ver si acabamos con ellas ó acaban ellas con nosotros. Todos tenemos la tristeza encima. (A *Amparo.*) Tú, por el agravio que te hicieron, poniéndote delante á otra mujer. (A *Marcela.*) Tú, por la deshonra que ibas á buscar. (A *Ramón.*) Tú, por la muerte que te estás buscando.

FELICIA

¿La muerte?

DON JOSÉ

¡Sí, Felicia!

FELICIA

¿Qué hiciste, hijo mío, para que nadie te quiera mal?

RAMÓN

Es verdad; pero no tiene remedio.

DON JOSÉ

¡Cómo no ha de tenerlo!

RAMÓN

Ese hombre me busca, y me encuentra; eso se lo juro yo á usted.

DON JOSÉ

No le encontrará.

RAMÓN

¿Por qué?

DON JOSÉ

Porque mañana, sin que nadie se entere, marcha para Avilés, y en el primer vapor sale pitando para América á ganarse la vida como un hombre.

RAMÓN

Yo no me puedo marchar de aquí.

DON JOSÉ

Nada, mi hijito, es cosa resuelta.

RAMÓN

Usted no tiene derecho á intervenir así en una cuestión mía, sólo mía.

DON JOSÉ

Calle la boca, que aquí el único que no tiene derecho á levantar la voz es él.

RAMÓN

Es decir que...

DON JOSÉ

¿Sabe en tantos años como pasé lejos de ustedes lo que más me alegraba las horas negras? Pues ello

era el pensar que entre lo mucho tan querido que por acá dejara había un hijo, y que á la vuelta me encontraría un hombre, todo un hombre. Ya ve qué pavada, porque á la vista está, y él mejor que nadie puede decirme lo que me encontré.

RAMÓN

¡Yo no tengo la culpa de ser como soy!

DON JOSÉ

¿Quiere decirme que la tengo yo? ¿Qué debí yo hacer y no hice por ustedes?

RAMÓN

No lo sé: no somos los hijos los que hemos de decir á los padres este es nuestro derecho. Ellos, que nos trajeron al mundo, debieron saber antes cuál es su obligación.

FELICIA

¡Calla, Ramonín, calla!

DON JOSÉ

Faltó el padre de casa, dicen bien; pero ha vuelto, y de aquí en adelante nadie ha de hacer en ella sino lo que yo diga, (Todos los hijos hacen gestos de leve protesta.) ó lo que disponga la madre, que es lo mismo.

FELICIA

¡Pobre de mí!

DON JOSÉ

Mis hijos: ustedes están tirando la vida, y si al menos tirándola fueran felices... pero de sobra saben que no lo son. Es preciso que todos busquen un fin á su vida, algo con que llenar honradamente las horas del día y apaciguar esa intranquilidad que todos, cuál más, cuál menos, llevan dentro del corazón. ¿No les parece?

ANITA

(Con mal humor.) Usted es quien manda.

DON JOSÉ

¡No, mis hijos, no! Yo soy quien pide, por amor de Dios, un poco de buena voluntad.

RAMÓN

Voluntad, voluntad...

DON JOSÉ

Yo puedo luchar contra todo por ustedes, mis hijos; pero ¿qué voy á hacer si á ellos me los encuentro de enemigos?

AMPARO

¡Yo qué culpa tengo de que mi marido sea como es!

DON JOSÉ

¿En tan poco se estima, mi hijita, que no quiere intentar hacerlo un hombre?

(*Amparo* hace un gesto de desaliento.)

MARCELA

(Levantándose con exaltación.) ¡Ay, padre, nadie salva á nadie, nadie sirve de nada para nadie!

(Se echa á llorar.)

FELICIA

(Acudiendo á ella con cariño y sin comprender.) Niñina: ¿qué te pasa?

DON JOSÉ

¿Pero es posible que estén ya tan perdidos que ni siquiera les quede el ansia de salvarse? ¡Levanten la cabeza, fíense de mí!

ANITA

(Después de una pausa.) No se canse usted, padre; por pecados propios, ó por culpas ajenas, ha llegado una hora en que á mis tres hermanos tanto les da vivir como morirse... Claro es que poco les costaba ser un poco amables con usted, y decir que sí á todo. Pero en esta familia tenemos el pícaro defecto de no saber decir más que la verdad.

DON JOSÉ

Más vale así... Mi hijita, hizo bien en decir lo que, sin duda, estaban pensando todos. Ahora, ya sé lo que tengo que hacer. ¡Perdonémonos todos el mal que unos á otros nos hemos hecho, y á América me vuelvo por donde vine!

FELICIA

¡Pepín! (Quiere acercarse á él, pero él se aparta. Volviéndose á los hijos.) ¡Ay, hijos! Creedme á mí ahora que os tengo á todos juntos: yo nunca supe maldita la cosa más que quererlo á él y quereros á todos como á mi vida. Vosotros sí sabréis, pero creedme á mí. Ya veis lo que es vuestro padre: le debéis la vida, le debéis el pan, le debéis los años que pasó trabajando por vosotros. Hijos: ¡por Dios santo, no le dejéis marchar! ¡Pedidle de rodillas que se quede! ¡Tenéis obligación! Y aunque no la tuvierais, hacedlo, os lo pido yo. Vosotros comenzáis á vivir, y cada uno marchará por su lado; pero yo soy vieja, hijos, y estoy cansada; y nunca quise á nadie más que á él, y si marcha, ¡me quedo sola!

(Llora.)

RAMÓN

Madre: no se aflija usted así.

AMPARO

¡Haremos todo lo que usted quiera!

ANITA

Todo lo que usted quiera, aunque sirva poco.

(Van acercándose al padre, que está al otro extremo de la habitación.)

MARCELA

Padre...

DON JOSÉ

Mi hijita...

(Con ironía.)

MARCELA

Perdónenos usted.

RAMÓN

¡No se vaya usted, padre!

AMPARO

Quédese usted, se lo pedimos de todo corazón.

ANITA

Quédese usted, que todos haremos lo posible por que no tenga que arrepentirse...

FELICIA

Pepín: no pienses más, ya los oiste.

DON JOSÉ

(Con ira.) Gracias, mis hijos. Veo que son personas finas y que saben quedar como se debe. No se perdió toda la plata que gasté en ponerles maestros. Lindo no más. Yo les agradezco en el alma las buenas palabras.

MARCELA

Padre...

RAMÓN

Le juro á usted...

DON JOSÉ

Y ahora, con la conciencia tranquila, retírense, (Temblando de ira.) mis hijos, y mañana veremos cómo amanece Dios.

(Los hijos intentan acercarse á él; pero él da media vuelta rechazándolos, y ellos se alejan en silencio.)

ESCENA XII

FELICIA *y* DON JOSÉ.

FELICIA

(Acercándose tímidamente.) Pepín: ¿marchas de veras?

DON JOSÉ

¡En el primer vapor!

FELICIA

¡Pepín: perdónalos; no marches!

DON JOSÉ

¿Pero no ves que á ninguno le importa el que me marche ni el que haya venido?

FELICIA

No marches. Siempre conviene en una casa la sombra del padre.

DON JOSÉ

Eso soy yo aquí. Un fantasma, un alma en pena que vino de otro mundo á pedir lo que nadie le puede dar.

FELICIA

¡Ay, Pepín, tantos años esperándote!

DON JOSÉ

¡Felicia!

FELICIA

¡Tantos años de vivir aquí sola!

DON JOSÉ

¡Sólo viví yo allá!

FELICIA

En cualquier parte debimos vivir juntos, que era ley de marido y mujer.

DON JOSÉ

Yo me fuí por lo mucho que les quería á ustedes.

FELICIA

¡Cuando uno quiere bien, no marcha!

DON JOSÉ

¡Eramos pobres!

FELICIA

¡Y dichosos! Ahora quéjaste porque piensas que te olvidamos. Tus hijos ni te conocieron..., yo no

te olvidé; pero, ¡Dios me perdone!, á fuerza de sufrir viéndote tan lejos, no me quedó alma ni para alegrarme de que volvieras.

DON JOSÉ

¡Felicia: ni un solo día dejé de recordar nuestro cariño!

FELICIA

¡Al desembarcar ni me conociste!

DON JOSÉ

¡Calle la boca!

FELICIA

No es para extrañado; también tú cambiaste. Ni el hablar lo tienes de cuando marchaste.

DON JOSÉ

El hablar no; pero el corazón sí.

FELICIA

Por eso dijiste: vuélvome á América, sin pensar siquiera que aquí quedaba yo. ¡Vete, vete; que esta vez, al volver, ya no has de encontrarme!

DON JOSÉ

¿Qué dice?

FELICIA

Aquí tendrás la casa, y los trastos buenos, y las ropas finas; pero yo habré muerto sola como viví.

DON JOSÉ

¡No diga eso!

(Ella se separa de él y se sienta, llorando: él se acerca también conmovido. Oyese muy lejos el són de una gaita: es un aire popular asturiano. Al oirlo, *Felicia* va cambiando la expresión de angustia por la de recuerdo ilusionado: llora y ríe al mismo tiempo. La gaita sigue oyéndose hasta que cae el telón, pero siempre muy lejos.)

FELICIA

Pepín: ¿oyes? (Pausa.) ¿Acuérdaste de aquellas romerías de San Roque lo que tenemos bailado?

DON JOSÉ

Me acuerdo por las noches, á la vuelta, lo que nos tenemos reído.

FELICIA

¡Buena pieza estabas hecho!

DON JOSÉ

¡Pues no digamos ella!

FELICIA

Ella... ¿Quién?

DON JOSÉ

¡Quién ha de ser! Nunca hubo para mí más ella que mi doña Felicia.

FELICIA

¡Ja, ja, ja! ¡Pepín!

DON JOSÉ

¡Felicia!

(Se abrazan largamente.)

FELICIA

¡No marches, Pepín; no marches si me quieres!

TELON

HECHIZO DE AMOR

COMEDIA DE FANTOCHES

EN UN ACTO Y DOS CUADROS

PERSONAJES

EL PROLOGO..	Srta. Estrella.
PIERROT.	Sr. Rodrigo.
COLOMBINA, esposa de Pierrot. . . .	Srta. Sánchez.
PIERRETTE, doncella y confidente de Colombina.	Srta. Cano.
POLICHINELA, hechicero viejo.. . . .	Sr. Cano.
ARLEQUIN..	— Sánchez.
UNA MUCHACHA.	»

EL PRÓLOCO

¡Tam, tam, tam! ¡Damas y caballeros! Aunque fantoche, soy el Prólogo. Investido de tan alta misión, permitid que os anuncie el asunto de la comedia que va á representarse y que os haga el elogio de sus intérpretes. ¡Damas y caballeros! Inevitablemente se trata de amor. ¡Amor, amor! Quisiera en este instante, damas y caballeros, ser poeta para haceros con el ramillete de más perfumadas palabras el panegírico de la dulce desdicha, del aguijón amable, de la pasión fatal, del sortilegio, del influjo estelar, de la calentura del alma, del microbio... de lo que tengáis á bien decidir que sea esta inquietud sabrosa, que á través de los siglos venís, hombres y hembras, llamando amor. Hubierais de oir, si tal poeta fuera, mis centelleantes y estallantes metáforas; hubierais de admirar la funambulesca maravilla de los vientos, las rosas, los cielos, las fuentes, los antros, las águilas, los rayos de sol y de luna, los temblores de estrellas, que yo haría danzar sobre la cuerda de mi elocuencia, para florecer

mi discurso. Chuparos habríais los dedos de gusto, damas y caballeros, oyendo mi discurso, si yo fuera poeta; pero ya he dicho que no lo soy. Soy únicamente fantoche y prólogo. ¿Sonreís? Sonreid; pero no desdeñéis, que estas dos dignidades reunidas también tienen su alta significación. ¡Fantoche! A esta sola palabra, en todos vuestros ojos se ha encendido una chispa de regocijo. ¿Y pensáis que es pequeña la gloria de poseer un nombre, que así es perennemente engendrador de gozo? ¿O imagináis que es menos, luego de poseerle, haberle sabido llevar á través de los siglos con toda dignidad de locura? Majestuosamente le hemos llevado, imperialmente, sí, damas y caballeros. Testigos de ello son nuestros cuerpecillos, que en honor á la risa se descoyuntan, se tuercen, se retuercen, lanzan al aire brazos y cabezas, pierden una pierna en un salto, la recobran en una pirueta. Miradnos, tan absolutamente palpitantes, que se diría que todo nuestro cuerpo es un corazón. Y, sin embargo, damas y caballeros, estamos hechos sin corazón. ¿Para qué tenerle, si vibramos sin él tan constante y prodigiosamente.

UNA MUCHACHA

¿Y cómo, señor Prólogo, no teniendo corazón, podéis los fantoches amar?

EL PRÓLOGO

Yo no he dicho que amemos, linda señorita.

UNA MUCHACHA

Nos habéis dicho, señor Prólogo, que vuestra comedia trata de amor.

EL PRÓLOGO

Trata de amor; pero, precisamente, es comedia.

UNA MUCHACHA

¡¡Ah!!

EL PRÓLOCO

No os entristezcáis, bellos ojos negros: nuestra comedia estará incomparablemente representada; todo el amor del mundo no sabría encontrar gritos de amor comparables á los de Colombina.

UNA MUCHACHA

¿Vais ahora á hablarnos de Colombina?

EL PRÓLOGO

¿Por qué no? Sabed que es blanca, pero no pálida, porque en cada una de sus mejillas está á cada instante deseando nacer una rosa. Se ha pintado los labios con rojo de amapola, y un día que se puso á soñar mirando á un prado, saltáronle á los ojos dos violetas; desde entonces nadie ha acertado á saber si sus miradas son luz ó son aroma; de cuya confusión, como de todas las bellas confusiones, resulta una armonía, digamos una música; y así el mirar de Colombina es un cantar. A fuerza de oirse cantar y escucharse reir se ha vuelto loca; así su pensamiento es una pajarera prodigiosa, cu-

yos ruiseñores, como todos los ruiseñores presos, se alimentan con carne de corazón. Por eso es á veces Colombina infiel á Pierrot: por alimentar á sus pájaros; ya que á Pierrot, fantoche como ella, le falta el cono de carne susodicho, grato á los ruiseñores.

UNA MUCHACHA

Bien, bien. Habladnos de Pierrot.

EL PRÓLOGO

¿Qué os voy á decir de Pierrot? Su psicología es que un rayo se ha roto en una esfera de cristal y agua; y allí están todos los colores, más uno. Hoy quiere ser filósofo, y las rosas se vengan de su filosofía; por lo cual, la comedia que empezó en un suspiro, termina en un abrazo; mejor, en dos abrazos, porque Arlequín, después de cantar su copla con sentimiento y mala fortuna, se consuela del amor amando, y de los besos que le niegan, con los que le ofrecen. Esta es la buena ventura de las coplas de amor; cantadlas, que siempre encontrarán un oído propicio. Y vosotras, hermosas, atended á la copla de amor que va por el aire, y cazadla al vuelo, que ella es pájaro dócil y agradece toda esclavitud. Preguntadle á Pierrette si no saben á miel los besos que se han equivocado de camino. Réstame decir, damas y caballeros, que sobre el tablado de nuestra farsa aparece la sabiduría; pero el triunfo de nuestra locura la obliga á quebrar su redoma. (Se levanta.) Esta es la comedia; este es el

jardín; olvidaba deciros que el teatro representa un jardín. Abrid los oídos, que suena la fuente; abrid los ojos, que están empezando á abrirse las rosas.

(Retírase *El Prólogo.*)

CUADRO PRIMERO

(En el jardín de *Pierrot.* A la derecha un cenador con bancos rústicos. Es primavera. Arboles y plantas columpian sus ramas cuajadas de flores, incensando los aires. La tierra canta con la voz de los pájaros, y el cielo sonríe con la luz del sol.)

ESCENA PRIMERA

(*Colombina*, sentada dentro del cenador, cuyo ramaje la oculta casi completamente, parece meditar melancolías. *Pierrot* pasea en el fondo; contempla alternativamente el cielo y la tierra, va deteniéndose ante los árboles floridos y habla con las flores.)

PIERROT

(Declamando.) ¡Oh! Naturaleza, madre sin término ni edad: ¿qué hice yo para merecer tus dones? Rosas de fuego: ¿cómo logré conocer el misterio encendido de vuestras corolas? Lirios: ¿cómo penetré el secreto de vuestros blancos pétalos? ¡Gracias, Belleza, gracias, porque has roto tu velo ante mis ojos! Contemplándote he de acabar mi vida.

COLOMBINA

¡Ay de mí!

PIERROT

(Perdiéndose en las profundidades del jardín.) ¡Gracias mil veces! Pongo mi nombre y mis sueños de poeta sobre todas las majestades y todos los amores del cielo y de la tierra.

COLOMBINA

¡Ay de mí!

ESCENA II

COLOMBINA, PIERRETTE *y* POLICHINELA.

PIERRETTE

Pasad, señor Polichinela. De prisa, ahora que el señor Pierrot, embobado en sus éxtasis, no puede vernos. Pasad.

POLICHINELA

¿Dices que tu señora te ha enviado á buscarme?

PIERRETTE

¡Y con qué ansias, señor hechicero! ¡Si supierais cómo está la pobrecita! Miradla. ¿No da compasión verla? Pasa el día y la noche suspirando, y ha enflaquecido de un modo... Aquellas sus divinas formas no son lo que eran.

POLICHINELA

¡Lástima grande!

PIERRETTE

¡Qué ingratos son los hombres, señor sabio!

POLICHINELA

No todos.

PIERRETTE

Mi señora, que es como las puras mieles con su esposo... (Amenazadora.) ¡Ah, señor Pierrot, señor Pierrot!

POLICHINELA

Creo que Colombina nos ha visto.

ESCENA III

DICHOS *y* COLOMBINA,

COLOMBINA

(Sale del cenador y se adelanta llorosa hacia *Polichinela*.) ¡Ah, señor hechicero, con cuánto afán os esperaba!

POLICHINELA

(Inclinándose.) ¡Señora Colombina!

COLOMBINA

Trae asientos, Pierrette... ¡Ay de mí!

POLICHINELA

No suspiréis, señora.

COLOMBINA

¡Soy tan desgraciada!

POLICHINELA

Me congratulo...

COLOMBINA

¿De mi desgracia?

POLICHINELA

No; de ver que no ocasiona en vuestra belleza los estragos que fueran de temer. Pierrette me había dicho...

PIERRETTE

(Que vuelve con los asientos.) ¿Qué sabéis vos, viejo chocho? ¿Acaso pensáis que la belleza femenina es una ciencia exacta, que no hay en ella más que ver y creer?

COLOMBINA

Pierrette: déjanos solos.

PIERRETTE

(Antes de alejarse, mira hacia el fondo, donde se supone que ve á *Pierrot*.) Miradle: contemplando rosas... y acaso, acaso componiendo versos en honor suyo. ¡Ya le daría yo rositas si tuviera el honor de ser mi esposo! ¡Ah, señor Pierrot, grandísimo infeliz! Sabed que no sois vos el único poeta del mundo, y que hay muchos que componen versos tan ideales como los vuestros, y mejor dirigidos... (Suenan los acordes de una cítara.) ¡No lo dije! Ya tenemos aquí al bueno de Arlequín.

ARLEQUÍN

(Cantando.) Las rosas blancas son frentes ,
los granos de trigo dientes,
los ojos estrellas son;

alabastro vivo el cuello;
mata de luz el cabello,
y la risa una canción.
¡Quién fuera en tu frente rosa
diente en tu boca preciosa,
clara estrella en tu mirar,
de tu cuello tibia vena,
de tu pelo la cadena
y de tu voz un cantar!

(Suenan las palabras á lo lejos engarzadas en sugestiva melodía. *Pierrette* las escucha embobada y subrayándolas con gestos de aprobación. *Colombina*, no bien escucha la primera estancia, se levanta indignada y apostrofa á *Pierrette.*)

COLOMBINA

¡Pierrette!

PIERRETTE

¡Señora!

COLOMBINA

¿No te ordené que enviaras enhoramala á ese importuno?

PIERRETTE

Cumpliendo vuestras órdenes le cerré las puertas; quedóse en la calle, harto apesadumbrado, el cuerpo de vuestro amador; pero el espíritu, ¡ay de mí! es cosa inmaterial y ¿quién puede quitarle al señor Arlequín el consuelo de enviarle hasta vos en alas de sus versos?

COLOMBINA

Ve á decirle que me ofende su música.

PIERRETTE

Yo en vuestro lugar no sería tan rigurosa. ¿Qué se pierde por oir?

COLOMBINA

(Indignada.) ¡Pierrette!

PIERRETTE

(Alejándose.) Todos empeñados en amar lo imposible. Mi señora á su esposo; Arlequín á mi señora... Y á mí, que sería la quinta esencia de la posibilidad, ¡nadie!

ESCENA IV

COLOMBINA *y* POLICHINELA.

(*Colombina* se deja caer de nuevo en su asiento y suspira.)

POLICHINELA

(Muy excitado.) Pero ¿queréis explicarme qué sucede? Lágrimas vuestras, canciones de Arlequín, reticencias de vuestra doncella... ¡Es para volverse loco!

COLOMBINA

¡Ah, señor Polichinela; el amor es el problema más complicado de nuestra vida!

POLICHINELA

No lo creáis: el amor es función sencillísima y natural, natural sobre todo; pero nosotros nos empeñamos en complicarle con distingos espiritua-

les... ahí está el mal. La Naturaleza no gusta de que nadie le enmiende la plana.

COLOMBINA

El caso es...

POLICHINELA

Precisamente el caso...

COLOMBINA

Es que mi esposo no me ama.

POLICHINELA

¡Qué escucho! ¿Engañaros Pierrot?

COLOMBINA

No me engaña tampoco. Ojalá pretendiera engañarme; siquiera tendría que agradecerle la buena voluntad de conservarme ilusiones.

POLICHINELA

¿Y la rival?...

COLOMBINA

Mi rival, señor hechicero, es la Naturaleza. (*Polichinela* se asombra.) Sí; Pierrot es poeta, por desgracia. Ama el carmín de las rosas, y lo desdeña en mis labios. Canta el reir azul de los cielos, y no se cuida del llorar de mis ojos. Bebe perfumes, y no en mi boca... ¡Pobre de mí!

POLICHINELA

¡Pierrot poeta! Tenéis razón: la poesía en el matrimonio es una desgracia como otra cualquiera... Pero, ¿y las canciones de Arlequín?

COLOMBINA

Esa es otra complicación. Mis penas, gracias al poco disimulo de mi señor marido, son cosa pública, y Arlequín pretende consolarme de ellas fundado en la sabiduría popular, que dice: «La mancha de la mora...»

POLICHINELA

¡Habrá desfachatez semejante!

COLOMBINA

Tranquilizaos; yo no admito consuelos.

POLICHINELA

Hacéis bien; eso de que el amor se cura con amor, es monserga. No existe en el mundo, fuera de la ciencia, remedio para ningún mal. Creedme, á mí, que soy sabio viejo.

COLOMBINA

Por eso he acudido á vos.

POLICHINELA

Y habéis hecho perfectamente, hija mía. (Meditando.) De modo que abandono, desamor, poesía; síntomas graves, pero, afortunadamente...

COLOMBINA

¿Hay remedio?

POLICHINELA

Uno casi infalible. (Sacando de las profundidades de la hopalanda una redomita de cristal.) Tomad esta re-

doma; en ella se guarda un filtro formado por arte de magia con la esencia de vuestras lágrimas.

COLOMBINA

¿Y qué debo hacer?

POLICHINELA

En cuanto Pierrot entre en uno de sus raptos admirativos, ó si se quiere éxtasis poéticos, derramad una gota del filtro, y ¡adiós poesía!

COLOMBINA

No comprendo.

POLICHINELA

Por ejemplo: Pierrot está admirando el azul de los cielos; derramad una lágrima, y el cielo se cubrirá de nubes.

COLOMBINA

Comprendo.

POLICHINELA

Así, poco á poco se desencantará de la belleza natural, y volverá á la vuestra.

COLOMBINA

Que también es natural, creedlo, señor Polichinela.

POLICHINELA

Lo creo; ¡ay, demasiado! Adiós.

COLOMBINA

Cómo agradeceros...

(Le besa la mano.)

POLICHINELA

No me agradezcáis tanto; no vaya la gratitud á echar por tierra mi sabiduría. ¡Señora!

(Saluda y se aleja.)

COLOMBINA

¡Sois mi salvador! (Con alegría.) ¡Pierrette, Pierrette!

ESCENA V

COLOMBINA *y* PIERRETTE.

COLOMBINA

Alégrate conmigo.

PIERRETTE

(Desabrida.) Es decir que el sabio ha encontrado el remedio... Entonces...

(Trata de ocultar una carta que traía en la mano.)

COLOMBINA

¿Qué es eso? ¿Qué papel escondes? (Lo coge. Una carta de Arlequín... ¡Así cumples mis órdenes!...

PIERRETTE

Di al señor Arlequín vuestro recado y le desconsoló en extremo saber que su canción os ofendía; y para probaros que en ella no hay motivo de ofensa, trasladó los versos á este papel, rogándome que le pusiera en vuestras manos; pero si no queréis...

COLOMBINA

Deja: debo leerle y hacer en él ejemplar escarmiento. (Pasa los ojos por la carta.) Frases de fuego, el fuego castigará vuestro ardor.

PIERRETTE

Señora: mi señor se acerca.

(Sale.)

COLOMBINA

¡Genios del bien, prestadme ayuda!

ESCENA VI

COLOMBINA *y* PIERROT.

(Entra *Pierrot:* trae en la mano un manojo de rosas purpurinas. Viene contemplándolas, y comienza á recitar los versos que ha compuesto en honor suyo:)

«Pétalos que guardáis la roja huella
de una sangre divina...»

(*Colombina* deja caer la primera gota de la redoma.)

PIERROT

(Gritando.) ¡Ay!

COLOMBINA

(Acudiendo solícita.) ¿Qué es eso?

PIERROT

Me he clavado una espina.

COLOMBINA

¡Amor mío, deja las rosas que tienen espinas! (Toma las flores de manos de *Pierrot* y las arroja con violencia; trazan en los aires huella sangrienta, y caen deshojándose. *Pierrot* las ve caer y suspira. *Colombina* se arroja en sus brazos.) ¿Qué piensas? ¿No sabes que mi cariño es flor que nunca se deshoja?

CUADRO SEGUNDO

(El jardín de *Pierrot*, en otoño. No hay en él más flores que unas rosas pálidas y algunos crisantemos melenudos. Por fondo, el incendio de la puesta de sol. En lo alto del cielo corren, enmarañándose, nubecillas blancas á impulso de un viento perezoso, que á intervalos despoja las copas de los árboles y hace revolotear sobre el jardín dorados remolinos de hojas secas.)

ESCENA PRIMERA

COLOMBINA *y* POLICHINELA.

(Ella más melancólica que en el cuadro primero.)

POLICHINELA

Apenas si acierto á creeros. ¿De modo que mi remedio no surtió efecto?...

COLOMBINA

Un efecto maravilloso.

POLICHINELA

No comprendo, entonces.

COLOMBINA

Es que el remedio ha sido mucho peor que la enfermedad. Pierrot ha dejado de ser poeta, pero se ha hecho filósofo.

POLICHINELA

¡Filósofo!

COLOMBINA

Sí, por desgracia. Vuestro filtro era eficacísimo. No ha habido para Pierrot durante varios días ni cielo sin nubes, ni rosa sin espinas, ni gusto sin hastío. Hasta el perfume de las flores ha llegado á darle jaqueca; de tal modo, que casi he llegado á compadecerme de él.

POLICHINELA

¿Y le habéis demostrado vuestra compasión cariñosamente?

COLOMBINA

Lo más cariñosamente posible; pero, ¡ay de mí! cuando mi esposo, escarmentado por las perfidias de la Naturaleza, se ha dado á aborrecerla y despreciarla, ha caído en la cuenta precisamente de que mi belleza es cosa natural... y podéis sacar la consecuencia. Mis labios se parecen á las rosas, mis ojos al mar y al cielo, mis cabellos al sol; y he aquí que Pierrot ha echado sobre mi persona la carga de todas las espinas, tormentas, nubes, manchas y vendavales que afligen al universo y afean su belleza. Estoy peor que estaba, señor hechicero...

(Pausa.) ¿No podréis hallar nuevo remedio para este nuevo mal?

POLICHINELA

Difícil es, señora Colombina. Por lo visto el espíritu de vuestro esposo es refractario al amor. Si pudierais olvidar, resignaros...

COLOMBINA

¿Eso es todo lo que os dicta la sabiduría?... Sabed que yo no necesitaría para consolarme sino querer; pero busco remedio y no consuelo.

POLICHINELA

No os enfadéis, señora. Peliagudo es el caso; pero voy á estudiarlo en mi laboratorio, y os juro que no saldré vivo de él hasta dar con la infalible medicina.

(Sale.)

COLOMBINA

La sabiduría os oiga.

ESCENA II

Colombina *y* Pierrette.

PIERRETTE

(Entrando.) ¡La sabiduría! ¿Queréis decirme qué va á entender de amores ese embaucador? ¡A sus años!

COLOMBINA

Garantía de saber es la ancianidad.

PIERRETTE

Acaso; pero en achaques de voluntad, más que el saber vale la práctica. La ciencia de amar es como llave que abre corazones: cuando no se usa, se enmohece. ¡Y figuraos si hará tiempo que Polichinela tendrá echada la llave del arca!

COLOMBINA

¿Por qué te empeñas en quitarme ilusiones?

PIERRETTE

Porque más que cien ilusiones vale una sola realidad. El señor Arlequín...

COLOMBINA

Vuelta con Arlequín.

PIERRETTE

Es una realidad muy aceptable, creedlo, señora; le he visto de cerca, y respondo. Además, ¿no estáis convencida de que las drogas del hechicero son inútiles para ganaros el corazón de Pierrot?

COLOMBINA

¡Ay, sí!

PIERRETTE

¿De que por el camino de la ciencia no encontraréis nunca el remedio?

COLOMBINA

Lo temo.

PIERRETTE

Entonces confiad en mí, dejadme poner en práctica un proyecto.

COLOMBINA

¿Qué es ello? ¿Qué has pensado?

PIERRETTE

¡Ya lo veréis! Sin más ciencia que la experiencia de esta pícara vida, espero salvaros. Por de pronto, recibid al señor Arlequín.

COLOMBINA

¡Pierrette!

PIERRETTE

Aunque no sea más que para desengañarle. Una palabra desabrida de vuestros labios le causará más efecto que cien discursos de los míos, que, á decir verdad, no están hechos para desabrimientos... Por lo demás, aquí le tenéis.

ESCENA III

DICHOS *y* ARLEQUÍN.

ARLEQUÍN

(Entra y se arroja á los pies de *Colombina.*) ¡Reina de mi alma; sol de mi espíritu; imán y norte de mi voluntad!..

COLOMBINA

¿Qué es esto? Alzaos. Pierrette: ¿así cumples mis órdenes?

PIERRETTE

Señora: perdonad. Es demasiada fatiga para mí eso de estar siempre entre la espada y la pared. ¿Sabéis á qué incendios se exponía mi corazón, en contienda perpetua con los ardores del señor Arlequín?

ARLEQUÍN

Señora: á mi vez os pido que perdonéis á Pierrette. No fué su descuido, sino mi audacia, la causa de este mal, si es que mal hubo.

COLOMBINA

¡Cómo!

ARLEQUÍN

¿Acaso peca el corazón sumido en tinieblas al desear la luz?

COLOMBINA

Una cosa es desear, y otra...

ARLEQUÍN

Colombina: en las voluntades enamoradas el deseo es acción. Los anhelos de amor son eficaces como la palabra de Dios.

COLOMBINA

Blasfemáis, señor Arlequín, porque vuestro amor es crimen.

ARLEQUÍN

¿Qué importa, si es amor? No os alejéis, señora. Oidme siquiera; dadme el consuelo de escuchar mis quejas; dejadme deciros...

COLOMBINA

¿Y os marcharéis después?

ARLEQUÍN

Si vos lo ordenáis...

COLOMBINA

¿Y me prometéis no volver?

ARLEQUÍN

Si no logro convenceros...

COLOMBINA

Hablad, entonces.

ARLEQUÍN

Gracias.

(Le besa la mano.)

COLOMBINA

Hablad he dicho.

ARLEQUÍN

Señora: fué un grito del corazón.

COLOMBINA

Tenéis un corazón muy mal educado.

PIERRETTE

(Aparte á Colombina.) Seguid la broma.

ARLEQUÍN

Perdón, señora, para él y para mí. Tantas horas hemos pasado deseando la gloria de veros, que no es de extrañar que al mirarnos tan cerca de vos,

él y yo, olvidados de toda nuestra mala ventura, nos sintamos niños y hagamos locuras.

COLOMBINA

Que mi razón no puede disculpar, señor Arlequín.

ARLEQUÍN

Pero que debe perdonar vuestra misericordia.

COLOMBINA

¿Os atrevéis vos á hablarme de deberes?

ARLEQUÍN

Sí; porque los tenéis muy grandes conmigo.

COLOMBINA

¿Yo... deberes... con vos?..

ARLEQUÍN

Sí, Colombina... vos... conmigo, puesto que soy desdichado por vuestra culpa.

COLOMBINA

¡Por mi culpa, no!

ARLEQUÍN

Por vuestra causa al menos.

COLOMBINA

¡Eso ya es distinto!

ARLEQUÍN

Pero mi desdicha es igual, porque os amo, Colombina; os amo, os amo tanto, que amándoos

todo lo que puedo, me tengo rencor á mí mismo porque, miserable, no os puedo amar más. ¡Os amo, os amo, os amo!..

(Cada vez que dice «os amo» le besa las manos apasionadamente.)

COLOMBINA

(Defendiéndose un poco, pero muy complacida en el fondo.) Hablad más bajo, señor Arlequín, que tal vez el jardín tendrá ecos...

(Se alejan por el fondo, paseando y hablando vivamente.)

PIERRETTE

Nunca creí que el dolor de mi señora fuera tan difícil de consolar. ¡Ah!

ESCENA IV

PIERRETTE *y* PIERROT.

PIERROT

(Trae un libro en las manos; lee y medita.) ¡Y pensar que en las gotas de rocío—lágrimas radiantes del amanecer—existe un mundo de monstruos, un universo de crueldad!.. ¡Saber que la lozanía es máscara de la podredumbre; la belleza que amamos inmortal, antifaz de la muerte!..

(Pasea absorto en sus meditaciones.)

PIERRETTE

(Acercándose, compasiva.) Señor Pierrot...

PIERROT

¿Quién? ¡Ah, tú! (Fuera de sí.) ¿Por qué sonríes; por qué estás alegre?

PIERRETTE

Señor: la vida es hermosa.

PIERROT

¿Tú sabes lo que llevas dentro? El esqueleto, la destrucción, la nada... (Pausa.) ¿Dónde está tu señora?

PIERRETTE

Llorando estaba hace un instante vuestras filosofías. Ahora procura consolarse... quiero decir que tiene visita... el señor Arlequín.

PIERROT

¡Arlequín!

PIERRETTE

Buenísima persona. Joven, arrogante, enamorado...

PIERROT

¡Qué dices!

PIERRETTE

Y poeta alegre. No pudo la señora elegir más amable compañía.

PIERROT

¿Por qué dices eso?

PIERRETTE

Porque es verdad.

PIERROT

¿Por qué me miras así?

PIERRETTE

Observaba con tristeza las huellas que la filosofía marca en vuestra frente.

PIERROT

Di á Colombina que la espero.

PIERRETTE

¿Será prudente interrumpir á mi señora?

PIERROT

¿Tanto le interesa la visita?

PIERRETTE

Vedlo vos. ¡Allí están! (*Pierrot* se acerca á mirar entre el ramaje.) ¿Veis algo?

PIERROT

El tal Arlequín es soberanamente antipático.

PIERRETTE

No lo creáis: tiene una conversación tan discreta... (Se oye reir á *Colombina.*) Mi señora se ríe. ¡Pobrecilla! tiempo hace que no se la oía reir. ¡Ah! el señor Arlequín tiene felices ocurrencias, ¿verdad? Pero ¿qué os pasa? (*Pierrot* echa á correr como un loco.) ¿Dónde vais? ¡Ja, ja, ja! ¡Cómo corre!

¡Ja, ja, ja! ¡Qué animal tan ridículo es un hombre celoso!.. Ya llega... Está furioso... Mi señora suplica... El señor Arlequín se aleja todo cariacontecido... Tengamos compasión de su desdicha...

ESCENA V

PIERRETTE *y* ARLEQUÍN.

(Oyese en el jardín ruido de voces: poco después *Arlequín* sale de entre el boscaje. Viene con gesto malhumorado y atraviesa la escena precipitadamente.)

PIERRETTE

(Deteniéndole.) ¿Qué os sucede, señor Arlequín? ¿Mi señora no se dejó convencer?

ARLEQUÍN

Tu señora es un modelo de fidelidad conyugal.

PIERRETTE

¿Y quién os mandó merodear en huertos cerrados, en corazones con dueño? ¿Teníais más que tomar posesión de terrenos sin cerca, de campos vírgenes?

ARLEQUÍN

¿Conocéis alguno?

PIERRETTE

Me ofendéis, señor Arlequín.

ARLEQUÍN

Quiero decir alguno dispuesto á recibirme por cultivador.

PIERRETTE

Yo, señor Arlequín... ¿qué queréis que os diga?.. Soy una doncella inexperta. Pero alguna habrá, digo yo... puede que no muy lejos... Ya sabéis el refrán: «Donde menos se piensa...» ¡No me miréis así!..

(Pausa. Los ojos de *Pierrette*, amparados en el silencio de sus labios, pronuncian elocuentísimos discursos.)

ARLEQUÍN

(Decidiéndose repentinamente.) ¿Queréis amarme, Pierrette?

PIERRETTE

¡Ja, ja, ja! No me gusta vencer con armas de despecho.

ARLEQUÍN

¡No seáis cruel!

PIERRETTE

Mi señora es mucho más hermosa que yo.

ARLEQUÍN

¡Ilusión! La belleza femenina es un todo, un cuerpo perfecto, es que cada mujer hermosa es miembro distinto: tu señora es hermosa, tú eres hermosa como ella; miembros distintos de la misma belleza.

PIERRETTE

¿Y hacia dónde vengo yo á caer en ese cuerpo universal que decís?

ARLEQUÍN

Por lo que el mío dice, debéis estar muy cerca del corazón.

(Se abrazan.)

ESCENA ULTIMA

(*Pierrot* y *Colombina*, adelantan por el jardín. Vienen casi unidos en un abrazo, mirándose á los ojos, llenos de dicha.)

COLOMBINA

¿Me dices la verdad, Pierrot?

PIERROT

Te lo juro: la idea de perderte me descubrió que tu amor es vida de mi alma. Son tus palabras el más hermoso de los poemas, y tus caricias la más sólida de las filosofías.

POLICHINELA

(Entra precipitadamente con una redoma en la mano.) ¡Señora: aquí tenéis el filtro, el hechizo de amor, el remedio infalible!..

(Todos se ríen y *Pierrette* lleva su descaro hasta burlarse del hechicero con muecas picarescas. *Polichinela* los contempla desconcertado. La redoma que trae en sus manos se rompe con estrépito y el elixir de amor se desparrama por el suelo.)

PIERRETTE

¡A buena hora!

POLICHINELA

¡Qué veo!

PIERRETTE

Veis, señor hechicero, sencillamente, que para aliviar males de corazón todas las sabidurías están de más y todos los filtros son agua chirle. Porque el amor se cura con amor y el desamor con celos, y así es desde que el mundo es mundo, y así será hasta que el mundo deje de ser. Poco sirven conjuros y bebedizos: al cariño dormido por exceso de buena fortuna, no le despierta sino el temor de que otro... más apasionado, se lleve los agraces de la parra, como dice la copla. Esto es todo: mi señor dormía porque mi señora le amaba demasiado, y ha despertado al miedo de que le pueda dejar de amar... ¿Comprendéis?

POLICHINELA

Hum... á medias. Pero... (Señalando á *Arlequín.*) ¿el señor no estaba también enamorado?

PIERRETTE

Enamoradísimo, ya lo veis.

(Se abrazan *Pierrette* y *Arlequín.*)

POLICHINELA

Protestando.) Pero no de vos.

PIERRETTE

¡Ja, ja, ja! Eso creía él; pero los acontecimientos, ayudados por mí, se han encargado de demostrarle lo contrario.

POLICHINELA

¡Hum!

ARLEQUÍN

Aunque joven y coplero, señor Polichinela, tengo también mi filosofía. Y en su primer capítulo se afirma este axioma: «El que no se consuela de los besos que le niegan con los que le dan, es tonto de remate.»

(El hechicero huye escandalizadísimo llevándose las manos á la cabeza. Suena una música suave. Las dos enamoradas parejas empiezan á bailar: Cae el telón.)